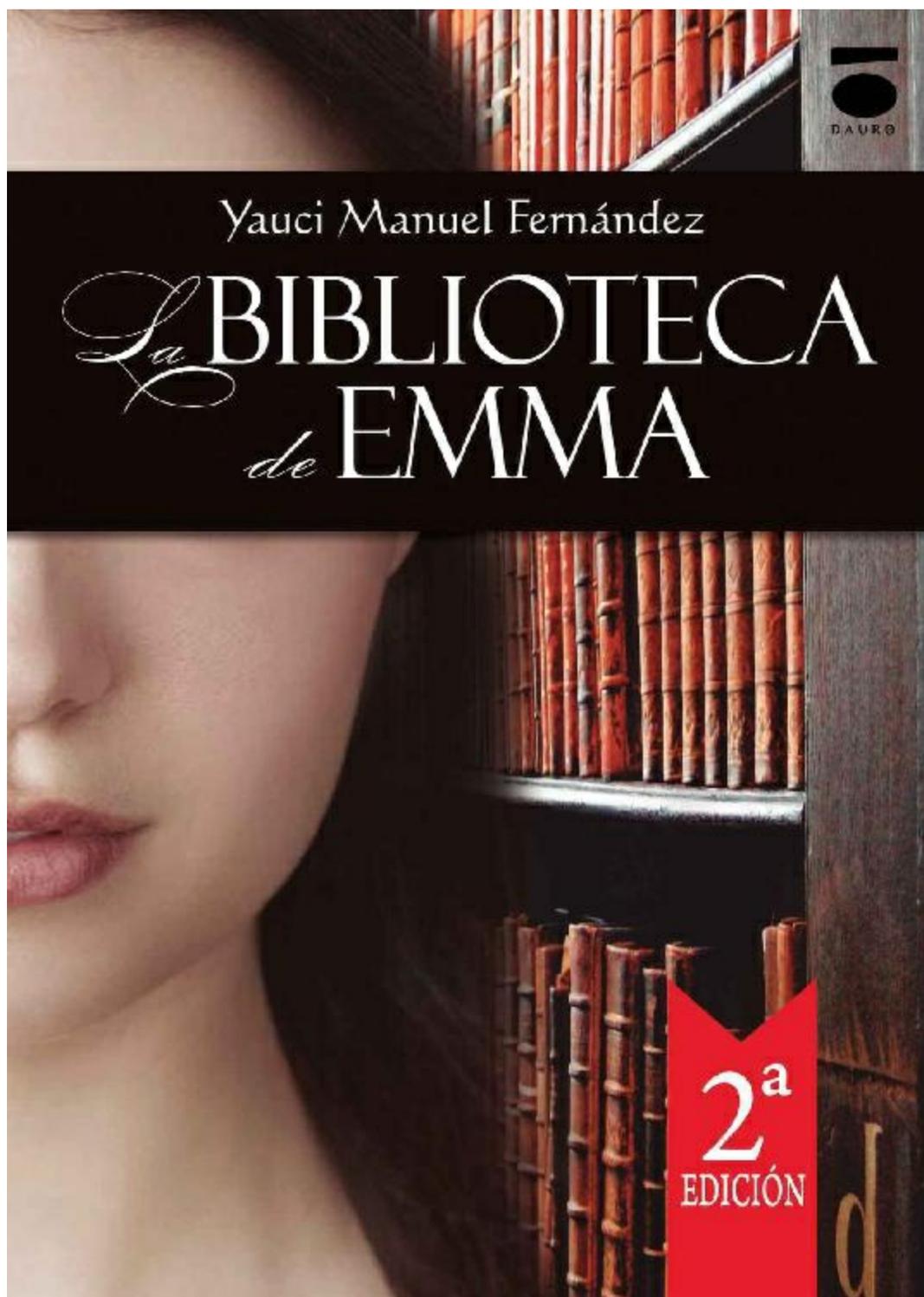


10
DAURO

Yauci Manuel Fernández

La BIBLIOTECA
de EMMA

2^a
EDICIÓN



La biblioteca de Emma

Yauci Manuel Fernández

© Yauci Manuel Fernández, 2014

© Ediciones Dauro, 2014

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser

castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Diseño de cubierta: Agata Lech Sobczak

Twitter: **@YauciFer**

Facebook: **Yauci Manuel Fernández**

Instagram: **@yaucifer**

A Fátima, por ser la inspiración de toda esta novela.

A Miriam, por todas las razones que un día te escribí, y sigo escribiendo.

Ya mi amigo Sebas, por no perder nunca las ganas de ayudarme cuando lo necesito.

1

Moví mi primer peón dos casillas hacia delante. Adoro la sensación de agarrar la figura

barnizada, y dejarla caer sobre el mármol del tablero. El sonido hueco que se produce aporta una

seriedad a las partidas de ajedrez que, a decir verdad, me resulta entrañable. Aún a mis ochenta y

seis años no soy capaz de contener una suave risita tras mover mi primera pieza. Es uno de los pocos

placeres de la vida de los que aún puedo disfrutar.

—Empiezo a perder facultades en esto —dije tras una sonora respiración.

—¿Lo dices ahora, amigo mío? La primera partida que jugué contra ti fue la mejor. A partir

de entonces cada jugada ha sido peor —reprochó Will.

Supongo que tiene razón. Recuerdo sentir que era bueno jugando en algún momento de mi

vida, pero ya no consigo devolverme esa sensación de sentirse capaz de hacer cualquier cosa, de

remontar una partida de ajedrez. Antes siempre me sentía capaz de hacer lo que quisiera, no había

más límites que los que yo mismo quisiera imponerme. A estas alturas de mi vida, hasta me cuesta

caminar. Si fuerzo el cuerpo, las articulaciones me chirrían, supongo que es una alarma natural para

obligarme a estar quieto. Aunque eso es algo que nunca he podido hacer. Probablemente mi gran

virtud, y también mi gran maldición.

—No exageres, no estoy tan mal

—La semana pasada te gané en tres movimientos, Rick —dijo enojado—. Ya ni siquiera

resulta entretenido jugar contigo.

—¿Y por qué jugamos, entonces? —pregunté frustrado. No quería que Will se fuera, era mi

único amigo. De todos modos, sabía que eso no iba a pasar, había algo en mí que le hacía disfrutar.

Tal vez fuera mi progresiva demencia.

Lo cierto es que ya ni me acordaba de aquella partida. Este cerebro viejo se va haciendo

añicos con los años, resulta muy molesto, pero es el ciclo de la vida, algo que no se puede parar.

Recuerdo que cuando era joven tenía el convencimiento de que todo era posible con

suficiente esfuerzo. Creía que bastaba con desear algo con todas tus fuerzas para que tú mismo

doblegaras el universo hasta conseguirlo. De vez en cuando aún siento esa sensación, mi alma

inquieta añora esa fe ciega de poder..., pero me dura hasta que doy tres pasos y empiezo a respirar

con dificultad. Ya nadie diría que soy capaz de nada de provecho, ni siquiera yo.

—Porque no es tu juego lo que me gusta de ti, sino tu conversación —afirmó mi amigo.

Aquello me gustó. No soy una persona muy habladora, no me gusta la palabrería inútil, pero

cuando se trata de convencer a gente, soy muy bueno. ¿O tal vez deba decir lo era?

—Aún estoy deseando que me cuentes qué haces aquí encerrado día tras día —siguió él.

Siempre intentaba que le contara la misma historia, pero yo nunca lo hacía. A

decir verdad,

me resulta molesto contar a alguien quién soy realmente. Desconozco la razón, pero es así. Es como

dejarte indefenso ante el mundo, como ir desnudo, desarmado y con una venda en los ojos a la

batalla. Además, es una historia larga y dolorosa. Demasiado. Nunca se la había contado a nadie.

—Hoy no —dije.

—Siempre dices «hoy no».

—Eso es porque te lo contaré algún día, supongo.

—¿Supones?

—Supongo.

El sol ya estaba poniéndose. A más tardar en media hora, el cielo sobre nuestras cabezas se

habría vuelto totalmente negro. Quise mirar la hora en mi muñeca, pero me sorprendí al no encontrar

reloj.

—Las ocho menos diez —dijo Will— Ya tienes años para saber calcular la hora con el sol,

¿no?

La inteligencia de aquel hombre me dejaba asombrado. Tenía dos años más que yo, y eso

suman muchos, muchos años, pero seguía vivo, atento y capaz. Casi tanto como lo había sido yo en

mis buenos tiempos.

—Era por asegurar —contesté levantando la mirada. No era cierto. En realidad, no me había

dado cuenta.

—Sabes que solo vengo a que me cuentes tu historia, ¿verdad?

—Creía que lo hacías porque te alegra verme, porque me tienes cariño... o porque tengo una

casa fabulosa.

— En lo de la casa tienes razón.

Aquel comentario me hizo mucha gracia. Solo aquel hombre me hacía reír ya. Tal vez era el

único dispuesto a pasar tiempo conmigo, eso es cierto, pero confío en que la auténtica razón sea que

es el adecuado para hacerlo.

—Te la contaré. Te prometo que pronto te la contaré.

—Eso espero, Rick, porque cargamos demasiados años a la espalda. Quién sabe si

duraremos mucho más tiempo aquí.

—¿Quieres entrar en la casa? Está haciendo un poco de frío —ofrecí. El patio era un buen

lugar para estar a media tarde, sobre todo para jugar unas cuantas partidas de ajedrez, pero ya había

llegado el otoño a Madrid y empezaba a refrescar.

—Pues no te diría yo que no. Te sigo, pues.

Nos levantamos y rodeamos la piscina hasta llegar a la puerta corredera que llevaba al

comedor, y dejé pasar a Will.

—¿Quieres un café? ¿Un vaso de leche? ¿Una copa?

—¿Tienes esas galletitas que son así como con chocolate entre galleta y galleta?

Bromeamos

—Las de siempre, entonces.

—Las de siempre —rió él.

Fui a la cocina a cogerlas. Ya casi se había acabado el paquete, y eso que a mí no me gustaba

comerlas. Me ponen el azúcar por las nubes. No sé cómo hace Will para conservarse así de bien.

Dejé el plato sobre la mesa.

—Gracias —dijo, y empezó a comer mientras se sentaba en mi sillón. Dios, cómo odiaba que

hiciera eso.

No tardó mucho en levantarse de nuevo.

A pesar de que había visto la casa de arriba abajo montones de veces siempre quería

cotillearlo todo, otra vez.

Recorrió el pasillo, y como siempre que hace eso, temí que viera lo único que

no quería que

viera, pero nunca lo hacía. A nadie le llamaría la atención.

—Bonita biblioteca —advirtió él al entrar en el estudio.

«Maldita sea», pensé. Aunque tampoco pasaba nada... Mientras no cogiera ninguno de los

libros.

Unos instantes después volvió a asomar por el pasillo y regresó al comedor. Me alivió que no

llevara nada en las manos.

—Deberías darle un poco más de vida a esta casa. Es como muy... de viejos. Es frustrante.

Tenía razón. Aunque tampoco era la casa de mis sueños. La que yo me imaginaba estaba llena

con una familia, algo que nunca ocurrió. Eso es lo más doloroso.

2

Bip, bip, bip. Me despertó un terrible pitido agudo.

Cuando por fin abrí los ojos, encontré frente a mí a una bella mujer de cabello rojo vestida de

enfermera. Parecía una de mis fantasías de la juventud por la forma en que me sonreía. Yo estaba

tumbado en una cama, cableado como si mi cuerpo se tratara de un vulgar ordenador, aún demasiado

soñoliento para ser consciente de lo que había ocurrido, pero demasiado despierto como para

conservar la calma.

—Tranquilo —me dijo ella—, se encuentra usted bien, está en el hospital.

No recordaba nada.

—¿Podría decirme...? —intenté decir.

— *Shh*, vendrá un médico en seguida. Mientras tanto descanse, señor Brawn.

Esa sensación de que todo el mundo sabe lo que ocurre mientras que tú no tienes ni idea

puede llegar a ser verdaderamente desesperante. Aunque yo ya era demasiado viejo para

preocuparme tanto por esas cosas, mis días estaban contados, pero en su momento aquella sensación

me resultaba muy molesta. Es casi como si hubieras perdido la memoria de repente, pero ni siquiera

sabes cuánta, solo sabes que tendrán que contártelo todo.

Esperé a ese médico que vendría «en *seguida*», pero pasó al menos media hora más hasta que

llegó.

—Señor Brawn... —dijo.

Odio que me llamen así. Me hace sentir viejo.

—Rick —corregí al instante.

—Rick. Ha tenido usted...

—No es necesario que se ande con rodeos. Tengo ochenta y seis años, no estoy precisamente

como una rosa. Dígame cuánto tiempo y cómo será, no necesito saber más.

Por un lado tenía la vaga esperanza de que aquello no fuera a matarme, pero por otro,

deseaba que mi sufrimiento por fin terminara.

—Nunca se puede decir con exactitud.

—Suéltelo...

Incluso creo que fui demasiado cortés. Lo que realmente tenía ganas de decirle: *Eso ya lo sé,*

medicucho de pacotilla, pero quiero una cifra, no es tan difícil, ¿os enseñan eso en la carrera?

—Tal vez un mes, puede que dos, o puede que medio.

El doctor parecía más preocupado que yo. A mí no me pareció para tanto, la muerte nos llega

a todos, estúpido sería alguien con tantos años como yo que no sepa que le queda poco.

Casi agradecí la suerte que suponía tener la estimación del momento. Tampoco habría hecho

ascos a morirme por sorpresa. Me encantan las sorpresas.

—No era tan difícil, ¿no? —murmuré. Su rostro reflejaba que sí lo era, pero no quiso

responder. Supongo que decirle a una persona que se va a morir no es nada agradable, pero desde el

otro lado de la cortina no resulta tan molesto, al menos no para mí.

—Tiene usted una afección en el corazón —quiso continuar.

—Ya está, ahora puede irse a salvar a quien realmente lo necesite.

No estaba de humor para medir mis palabras. Si hubiera sido suave con aquel médico me

habría seguido molestando con términos que no entendía ni me importaban lo más mínimo. Lo único

que quería era estar solo, tranquilo, dejar pasar el tiempo, recordar aquello que valía la pena de la

maravillosa vida que había tenido, y disfrutar de ello. Ni más, ni menos.

—Es mi deber informarle de lo que le pasa, señor Brawn.

—He vivido demasiado tiempo. A estas alturas me da igual, solo me importa el final. Y su

deber es salvar vidas, la mía ya no vale nada, le repito que vaya a salvársela a alguien que lo

necesite.

Aún tardé varios minutos más en quitármelo de encima. Al final, pese a mis intentos, terminó

contándome qué era lo que me pasaba para finalizar diciéndome que me moría y no tenía solución.

Luego volvió aquella sonriente enfermera pelirroja. Todas las veces que me han ingresado en

hospitales insisten en llamar a los familiares, pero siempre les digo que estoy solo. El único al que

quiero ver es a Will, me gusta su compañía, me recuerda que aún hay gente inteligente en el mundo y

me da un poco más de esperanza en el futuro. Ese que yo no viviré.

Mentí, y acabé añadiendo a Will como si fuera mi único primo.

Mi «querido» amigo tardó dos días en venir a visitarme por primera vez.

Mientras tanto, tuve

que esperar comiendo basura de médicos, acompañado de falsas sonrisas por parte de aquellos

profesionales que venían a verificar si ya me había muerto, tirado en una cama sin opción a

levantarme y orinando en una bolsa, como tantas otras veces había hecho antes.

Al ver entrar a Will por la puerta no retuve la sonrisa. Él tampoco lo hizo.

—¿Cómo estás? —preguntó por cortesía.

Yo quise responder: *¿y qué más da eso?*

—Vivo, por ahora.

Miré tras él para intentar ver un tablero de ajedrez, pero sus manos no cargaban objeto

alguno. «Maldita sea», pensé. Aunque al menos estaba él para entretenerme.

—Creo que vas a tener que contarme tu historia.

—Eso parece —dije rendido, advirtiéndole mediante una señal con las manos que sabía que

no había traído el ajedrez.

—Venga, empieza —masculló deseoso. ¿Acaso solo venía para eso? Aunque me daba igual.

Estaba él y con eso me bastaba.

—¿Sin anestesia ni nada? —respondí con una risa queda.

—¿Quieres que te suba la morfina? —carcajeó.

«Qué hombre», pensé.

—Tú también deberías contarme tu historia. Siendo como eres, será interesante, y graciosa.

—Mis historias siempre son divertidas, sobre todo porque las cuento yo, pero yo no me

muerdo en un par de días, no tengo prisa. Además, no vale la pena contarte algo si no vas a durar... Así

que venga, empieza que estoy esperando.

—¿Un par de días? ¿Tan pronto quieres matarme? El médico decía que me quedaban unas

semanas.

—Y los dentistas dicen que la ortodoncia dura dos años.

—Eso es cierto.

—¿Quieres empezar ya? —me interrumpió cuando iba a decirle que solía tener razón.

Cansado de su insistencia, olvidé los preámbulos y por fin comencé.

3.

Debo confesar que jamás creí en el amor a primera vista. De hecho, tampoco en el amor. Una

visión científica del mundo y de la vida te aparta de todo aquel sentimentalismo idealizado que tanta

garra posee en mucha gente.

—Hola —le dije al salir de aquel examen.

La chica no supo qué contestarme. En cierto modo me había abalanzado sobre ella y había

irrumpido en su espacio vital. No me conocía de nada, y yo a ella tampoco.

—Emma, ¿no?

—Sí —contestó frustrada—. ¿Cómo lo sabes?

—Entramos juntos al examen de historia. Memorice tu nombre cuando el profesor lo dijo en

alto.

Era junio de 2011. Aquel día estábamos en el campus universitario, realizando los exámenes

para la prueba de acceso a la universidad. Lo que se ha llamado la selectividad de toda la vida.

—Ah —respondió balbuceante intentando entender por qué alguien haría eso.

—Siento si me he sobrepasado, no era mi intención asustarte. Solamente... te miré, y ahí

estabas. Es decir... Bueno, no sé, había algo diferente en ti.

—¿Haces esto a menudo?

—¿El qué?

—Esto. Acercarte a una chica cuando no la conoces.

—Es la primera vez —prometí. Cualquiera diría que mentía, pero decía la verdad. Jamás me

habría atrevido a hacer semejante barbaridad. No era yo un ejemplo de valentía.

Pero realmente aquella chica tenía algo especial. Ni siquiera ahora sabría decir qué fue lo

que la hizo diferente, ese haz de belleza que la hizo sobresalir ante mis ojos. No fue su cuerpo,

incluso recuerdo que aquel día no me pareció especialmente guapa —algo que con el tiempo me di

cuenta que era totalmente desacertado—. Llevaba unos pantalones cortos vaqueros, y un top azul con

rayas blancas. O quizá un top blanco de rayas azules. Sus sandalias dejaban al descubierto un pie

relativamente grande para una mujer, supuse que algo más de una talla cuarenta. Expresaba en su

rostro un sentimiento de agobio por los exámenes y una mirada cabizbaja.

—¿Cómo te llamas? —preguntó. Por fin noté algo de interés por su parte, y dio un respiro a

mi agitado corazón.

—Richard. Puedes llamarme Rick. ¿Qué tal te ha salido el examen?

Salíamos del examen de química. Odiaba la química.

—Bien —dijo ella no muy contenta—. La primera pregunta era muy fácil, y la cuarta la tenía

tan estudiada que sé que la hice perfecta, pero la segunda me costó un poco. La tercera espero tenerla

bien.

—Para mí ha sido más o menos igual. La segunda... bueno, un poco aleatoria. No la sabía,

así que se puede decir que me la inventé.

En breve comenzó a desviar la mirada.

—¿Qué te parece si nos sentamos? —me aventuré a pedirle.

Ella accedió, tras advertirme que pronto saldrían sus amigas del examen. Aún quedaban

veinte minutos para que terminara el tiempo oficial, pero podrían salir antes, y en ese momento yo

tendría que irme. Tenía que asegurarme el poder volver a verla.

—¿Qué vas a estudiar?

—Filología hispánica.

—¿Te gusta la literatura, entonces? —pregunté por el nerviosismo. Era evidente que le

gustaba.

—Sí, la disfruto mucho. Es lo más bello que tiene el mundo, a parte de las personas. —Hizo

una pausa tras haberse ensimismado, y al salir de su trance me devolvió la pregunta.

—Física. Me gustan las cosas exactas.

No dijo nada, por lo que interpreté que no compartía mi visión ni un poquito. La conversación

se apagó, y teniendo en cuenta que se me acababa el tiempo, quise ir a más.

—¿Tienes teléfono, o correo electrónico?

—Sí.

Esperé unos segundos expectante.

—¿Podrías... apuntármelo? —pregunté con miedo.

—Bueno... Supongo que sí.

Acto seguido saqué un papel de mi carpeta y me apuntó su dirección de correo.

Finalmente me despedí con cortesía, y recé para que el correo fuera correcto.

4.

—Está muy bien tu historieta, Rick —interrumpió Will—, pero me interesa más el final.

—Para llegar al final hay que pasar por el principio. No puedes entender la conclusión sin

haber entendido el resto.

—¿Y es necesario que me cuentes cómo se llamaba su tía abuela y cuántos callos tenía en el

pie?

—¿Quieres oír la historia o no?

—Sí, sí —se rindió.

Siempre me ha gustado contar las historias con extensión. No porque así parezcan mejores, ni

porque yo pueda parecer más inteligente al contarlas, sino porque realmente no se puede comprender

la moraleja si no se entienden los matices que hacen de esa historia algo especial. Es como esa gente

que después de contar un chiste dice «es que yo no sé contarlo, pero es mucho mejor de lo que

parece». Si no sabes darle los matices al chiste —o en este caso, a la historia — al final no va a

provocar el mismo resultado. La diferencia es que el humor tiene la única finalidad de hacer reír,

pero una buena historia siempre debe enseñar algo. Y la mía lo enseña. Lo que aún no he averiguado

es el qué. Solo espero tener tiempo suficiente para hacerlo.

Justo cuando iba a retomar de nuevo el relato se abrió la puerta con el chirrido de un pomo

metálico.

—Señor Soul —le dijo la enfermera a mi amigo Will.

—Llámeme señor S, por favor —dijo Will reprimiendo una risa malévola.

—Señor S, debo pedirle que se vaya, el horario de visitas ha acabado ya, y el señor Brawn

necesita descansar.

—Pues a mí llámeme Rick —dije en tono de envidia.

No era la primera vez que veía a esa enfermera. Se llamaba Eva, me trajo el almuerzo unas

cuantas horas antes. Me pareció un poco asqueroso, un zumo de Dios sabe qué, un puré de una

verdura de nombre impronunciable, una ensalada sin sal, y un trozo de carne blanca que tampoco se

dignaron a decirme muy bien de qué era, aunque debo reconocer que estaba un poco mejor.

Aún recuerdo los momentos de mi vida en los que creía que la felicidad dependía de las

pequeñas cosas. Una buena comida, una tarde para ir al cine, tu programa de televisión preferido

antes de acostarte... Dejé mi felicidad en manos de algo que no importaba nada, y lo pagué con

creces. Solo cuando estás a punto de perder todo lo que realmente te importa es cuando quieres

disfrutarlo, pero entonces ya es demasiado tarde. Ahora puedo disfrutar de las pequeñas cosas tanto

como quiera, porque ya jamás sentiré eso que llaman felicidad.

—Está bien, está bien... —añadió Will levantándose de la silla que había frente a mi cama—

¿Si me pongo enfermo no necesitaría que estuviéramos en horario de visitas para hablar con Rick,

no?

—Ande, no diga tonterías.

—No, no, es que desde hace unos días tengo un dolorcillo aquí en la cadera...

Yo sabía que estaba bromeando. La enfermera Eva, en cambio, no lo conocía tanto, pero

debía ser una mujer muy inteligente para darse cuenta de la astucia de mi

amigo sin conocerle de

nada.

—Entonces vaya a casa, tómese un paracetamol y verá como se le cura. —
Acto seguido le

guiñó un ojo, y tiró de él hasta que salió de la habitación y cerró la puerta—
¿Cómo se encuentra?

¿Le duele algo? —me preguntó.

—Estoy como un roble, señorita Eva. ¿Puedo llamarla señorita Eva?

—Puede llamarme como quiera —sonrió—. ¿Necesita algo? Un poco de agua
quizá, o una

manta más.

—Me siento como si tuviera trece años, señorita Eva. Por cierto, ¿su color de
pelo es

natural?

Me llamaba muchísimo la atención su cabello rojo rizado. Era una mujer muy
guapa, de no

más de treinta años, de corta estatura y constitución fina, pero de belleza
innegable. Tenía unos

dientes perfectos, y una sonrisa maravillosa. Y por si fuera poco, ya me había
demostrado que era

inteligente. Al menos más que la mayoría.

Primero rio, luego se sentó en mi cama con cuidado de no hacerlo sobre mis
piernas, me miró

fijamente con esos ojos marrones y me preguntó:

—¿Está intentando ligar conmigo, Rick?

—¿Yo? ¿Lo cree solo porque estoy diciendo que parece usted un fiel retrato de la diosa

Afrodita? No, no, yo soy un hombre, oiga, que yo no me ando por las ramas, que yo si quisiera ligar

con usted directamente le pediría salir, como se hacía en mis tiempos, y no ahora, que dos años

después de besos y florituras nadie sabe ponerle etiqueta a su relación —dije exagerando—. Pero

ahora que lo menciona, ¿tiene usted novio, o como se llame ahora?

La enfermera me miró con una sonrisa silenciosa, pero fijó sus ojos en los míos e inclinó su

cabeza hacia abajo. Yo leí en su rostro algo como «qué bromista es usted». Aunque tal vez sus

pensamientos no fueran tan halagadores como pensaba. Lo cierto es que me daba igual.

—Estoy casada, señor Brawn.

Al parecer, los años no solo se notaban en mi cuerpo, también en mi mente, porque después

de que me lo dijera me fijé en que llevaba anillo en el dedo. Cuando era joven jamás se me hubiera

pasado un detalle como ese.

—Rick. No se olvide, señorita Eva, cuando me dice señor Brawn me siento mayor y estoy

hecho un chaval. Mañana mismo cuando vuelva usted a la habitación estaré en

el patio jugando un

partidito de fútbol —bromeé, una vez más. Lo cierto es que aquella mujer sacaba mi vena

humorística—. Seguro que al equipo de parapléjicos del hospital le consigo empatar, al menos.

—Me he fijado en que no han llamado a nadie de su familia, excepto a Will.

—Quedó

pensativa durante un instante— Y ahora que lo pienso, ¿él no es familia suya, verdad?

Era aún más inteligente de lo que pensaba.

—No.

—¿No tiene entonces a nadie a quien llamar a parte de él?

—En realidad tengo un hijo, pero hace ya décadas que no quiere saber nada de mí. Mejor es

que no se entere, señorita Eva. Le hará la vida más sencilla.

Me di cuenta al instante de que no debería haber dicho eso. ¿Por qué demonios se me habría

ocurrido contar a una desconocida que tenía un hijo?

—Pero él tiene derecho a despedirse si quiere.

Segundos más tarde se dio cuenta de que a veces los pacientes terminales no quieren que les

recuerden que van a morir. Yo no entendía muy bien el porqué de esas reacciones, pues esperaba

expectante que por fin llegara mi hora.

Sonreí a la señorita Eva para que no se sintiera mal.

—En su momento no quiso despedirse, se marchó sin más, y ahora solo cambiará el hecho de

que me estoy muriendo. Por respeto a sí mismo, a mí, o quizá al ideal de la sociedad de que los

muestrados tienen más interés que los vivos, querrá despedirse. Pero eso no cambia lo que siente de

verdad.

—¿Y cómo sabe usted lo que siente él?

—Porque es mi hijo, ¿sabe? Esperé treinta y cinco horas a que saliera de dentro de su madre,

lo vi crecer, le limpié esa cosa marrón tan maloliente todos los días durante años, le intenté enseñar

lo que era la vida. Y tan testarudo como yo lo fui en su momento, no confió en que yo hubiera hecho

lo correcto y se fue a intentar enmendar los errores que cree que yo cometí. Hasta que no cometa él

los suyos no se dará cuenta.

—Tal vez ya los ha cometido, pero no vuelve por vergüenza.

—Si los hubiera cometido la vergüenza no sería un problema.

—Pues usted parece tan testarudo como él.

—No lo entiende usted bien, señorita Eva. Pero eso no importa, simplemente no lo llame.

—¿Necesita algo entonces, Rick?

—No, muchas gracias, ya ha sido un placer disfrutar de su compañía, no se puede pedir más

que contemplar su bella sonrisa.

La enfermera sonrió y se marchó, no sin antes darme un último consejo.

—No debe usted elegir por él. Se merece tomar su propia decisión.

Al cerrar la puerta me volví a quedar solo. Aquel consejo me recordó mucho más de lo que

esa mujer podía imaginarse.

5

Por entonces ya había llegado el verano y yo acababa de cumplir los dieciocho años.

Después de conocerla, hablé con Emma innumerables veces a través de internet, pasábamos

fácilmente cinco horas diarias charlando sobre todo lo habido y por haber. Más adelante nos

pasamos al teléfono. Era más directo.

Recuerdo especialmente una de esas conversaciones.

—Me gusta el chocolate —me dijo.

—Lo adoro —contesté.

—Me encanta el cacao que se queda al fondo del vaso de leche. Y también el que se queda

encima cuando está fría. También la nata sobre un batido, a ser posible de chocolate. Y el caramelo

derretido sobre un crêpe.

—Los caramelos que vienen en las bolsas de golosina en forma de pulsera, el olor a gasolina,

y la sensación de libertad cuando voy corriendo.

—Sonreír a la gente que no conozco de nada, notar el viento en mi rostro, y bailar hasta

desfallecer.

En aquel momento me sentí el hombre más afortunado del mundo. Creo que esa debió ser una

de nuestras primeras conversaciones, cuando aún nos conocíamos muy poco y resultaba interesante

aprender sobre el otro. Cada vez que recordaba la forma en que Emma y yo nos conocimos solo

podía pensar una cosa: Debió ser cosa del destino. Aunque nunca antes hubiera creído en el destino.

—¿Por qué no hacemos algo juntos? —me dijo ella poco tiempo después de aquella

conversación maravillosa.

Lo único que quería era decir que nos viéramos ese mismo día, en cualquier sitio, a cualquier

hora, me daba igual. Pero algo en mi estómago se rebeló contra mí, y no me dejó disfrutar de aquella

sensación. ¡Ansiedad!

—Encantado —dije convencido. O eso pareció. Así lo quise. Pero, en realidad, tenía miedo.

—Voy a intentar organizar una salida al parque acuático. Aún no sé cuándo, creo que la

semana que viene. Si quieres puedes venirte.

Entonces, el niño inseguro dentro de mí afloró. ¿Qué podía yo aportar cuando habría un

montón de chicos con ella? ¿Qué me haría diferente en un parque acuático? Por aquel entonces yo era

muy flaco, y ella muy guapa. Ya había visto muchas de sus fotos, y las de muchos de sus amigos. La

mayoría de ellos parecían llevar toda su vida tomando esteroides a pesar de sus dieciocho o veinte

años, y otros, aunque no parecían sacados del *photoshop* en lo que al cuerpo se refiere, tenían algo

que embaucaba a las mujeres. A mí me provocaba algo así como asco, pero para entonces sabía lo

suficiente de mujeres como para darme cuenta de que eran imanes que atraían a las princesas de

cuento y las usaban a placer, hasta que dejaban de serles útiles, y las dejaban tiradas cual lata de

refresco vacía.

Para mí, Emma era la mejor de las princesas de cuento, y no se merecía acabar así.

En todo el tiempo que he vivido he sabido que el miedo es lo más difícil de afrontar. A lo

mejor es por eso que supone un reto tan excitante que algunas personas — pocas, desde luego—

disfrutaban con él. En cambio, yo era un niño cobarde, tenía miedo de plantar cara a la que entonces me

parecía la mejor chica que había conocido. Y me pregunté por qué. Resulta complicado a veces

identificar ese porqué, pues el miedo solo se siente, no se reconoce. Ni siquiera somos capaces de

decir «tengo miedo» o «estoy asustado» cuando corresponde. Y yo estaba atemorizado, porque no

creía poder estar a la altura.

—Claro, tú dime cuándo y allí estaré —respondí muy poco convencido, aunque ella no se dio

cuenta.

Nunca más volvimos a hablar del parque acuático, porque la mañana del día siguiente me

invitó a un concierto. A solas.

Durante las doce horas previas al concierto —desde que me invitó— anduve con temblores

en manos y piernas, apenas sí me entró algo de comida en el estómago, y tampoco conseguí dormir

nada a media tarde. Dos horas antes de nuestra cita estaba tan cansado y con un malestar tan extraño

que creí que no podría ir. Pero eso no era una opción. Las oportunidades no se pueden

desaprovechar. Sentía miedo, sí, mucho. Pero yo jamás me rendía. Era un cobarde con voluntad.

Ya dije antes que no creo en el amor a primera vista, y tampoco en el amor perfecto, ni en las

medias naranjas, ni en nada que se le parezca. Bobadas que se le cuentan a los niños para que

piensen que la vida es más bonita que un montón de hormonas recorriendo el cuerpo e incitando

emociones y sentimientos. Pura química, creo yo. Aunque no me guste la química. Pero con Emma

todo parecía cambiar. Realmente creí que era la persona a la que quería amar durante toda mi vida.

Era inteligente, guapa, cariñosa, y lo mejor de todo, buena persona. Y en realidad, todo eso son

adjetivos que jamás podrán hacerle justicia. Las palabras no pueden describir ciertas cosas, porque

el cerebro humano es mucho más potente pensando que hablando. De alguna forma, yo sabía cómo

era Emma. Creía saber cómo se comportaría, creía que las conversaciones que tenía con ella en

sueños eran en realidad situaciones que podrían darse en la vida real. Para mí, ella era perfecta. Y no

dejaría que nada me alejara de ella, por lo que debía aprovechar la primera oportunidad. Creía que

no necesitaba más, solamente una.

Y allí me encontré, media hora antes en el lugar de la cita para intentar calmarme un poco. Un

viejo amigo tocaba en el grupo, y pude aprovechar su breve compañía para

evadirme un poco de la
angustia que sentía en aquel momento.

Prácticamente a las diez en punto ella apareció en un coche, me saludó con una
sonrisa queda

y me dijo:

—Hola, ¿llevas mucho tiempo esperando? —y volvió a sonreírme, esta vez
fingiendo cierta

culpabilidad.

No supe qué decir. En parte estaba atacado, pero algo en su expresión había
conseguido

calmarme. Ya estaba en la situación. Ya había llegado el momento de la
oportunidad. Ahora solo

tenía que aprovecharlo.

—No, no. Son las diez aún, llegas puntual.

Era mentira. Llevaba media hora esperando.

Durante un buen rato el grupo estuvo haciendo pruebas de sonido entre las que
ella y yo

podimos hablar con calma. No recuerdo muy bien de qué hablamos, porque a
decir verdad, apenas le

prestaba atención. Estaba más pendiente de decirme por dentro «Dios, estoy
con ella», que de

escucharla. Creo que me dijo algo de los chicos con los que había salido y
cómo la habían tratado.

En aquel tiempo y con dieciocho años era frecuente encontrar que todas las

buenas chicas como ella

solo se hubieran encontrado a los hombres babosa que las engañaban y utilizaban. Agradecí cuando

ella me dijo que no habían conseguido llegar a utilizarla tanto como pensé, pero a decir verdad no me

lo creí.

—¿Y entonces qué pasó? —me interrumpió Will en el hospital.

—Que sencillamente se me dan fatal las mujeres —respondí decepcionado.

—Pero cuenta, cuenta —masculló entre susurros excitados.

—¡Pero si has sido tú quien me ha interrumpido!

— *Shh* —concluyó.

El concierto me gustó. Era el primero al que iba, de un grupo local con posibilidades de

triunfar. Poco después salimos a una plaza —un asco de plazoleta llena de bichos— para intentar

charlar más tranquilamente sin el ruido del local. La noche era tranquila, hacía suficiente calor como

para ir en manga corta pero no tanto como para sudar a gota gorda. Hablamos durante horas, creo que

hasta las dos o las tres de la madrugada hasta que sus padres vinieron a buscarla.

Creo que hubo señales para que me lanzara, pero no me di cuenta en aquel momento. O tal

vez sí, pero no quise verlo.

—Tengo frío, ¿me abrazas? —me dijo ella en algún punto de la charla.

A mí los abrazos no me resultaban algo natural. Siempre se me ha dado mal cualquier tipo de

contacto, pero reconozco que me encantaban. Y con ella me encantó aún más, sobre todo por su

perfume.

—¿Y no la besaste?! —me gritó Will.

—Pues no, yo era un caballero.

—No, eras tonto. Tonto como pocos.

Tenía razón, no se me daban bien ese tipo de cosas. Nunca he sido de lanzarme, y aquella era

la primera chica que me daba una oportunidad de verdad. «Si le gusto tendré muchas más

oportunidades», pensé.

Después de todo no cambiaría nada de lo que hice porque el resultado, con el tiempo, acabó

siendo maravilloso. No me arrepiento de nada de lo que he hecho en mi vida porque estoy orgulloso

de quien soy ahora y de las experiencias que he tenido. Los errores me han hecho aprender, y aquel

error supuso un buen bofetón para despertar al niño.

Finalmente, aquella noche no ocurrió nada. Me fui a casa con una sonrisa por haber pasado

una noche muy interesante con ella, y porque creí que le gustaba, pero no

quería forzar las cosas.

Definitivamente estaba seguro de que aquella chica me gustaba, y más aún de que era especial.

Pero los días pasaron y las cosas fueron cambiando con ella. No se puede decir que nuestra

relación empeorara, porque seguimos hablando durante meses, y debo decir que aún ambos

mostrábamos mucho cariño el uno por el otro, pero no era lo mismo. Esa magia que sentí con ella al

principio había desaparecido, por su parte al menos. Por la mía... simplemente no me di cuenta en

aquel momento.

Es por eso que seguí insistiendo. Nos vimos varias veces más en aquel verano, pero era una

chica ocupada, su familia tenía dinero y a cada oportunidad hacían un viaje. Lo curioso de aquella

historia fue que no tuve valor para decirle lo que sentía por ella, y cuando ya asumí que no lo

confesaría intenté engañarme. «Solo es una gran amiga», me decía a mí mismo. Intentaba creérmelo,

se lo decía a mis amigos, y también a ella. Pero no era cierto, ni mucho menos. Lo supe aquel verano,

cuando su familia decidió ir de crucero. Me sentía molesto por que hiciera tantos viajes, yo quería

disfrutar de su compañía todo lo que pudiera antes de que se fuera a estudiar a Madrid. No creí que

aquello pudiera a afectarme demasiado, pero me dolía que sus padres tuvieran tanta facilidad para

apartarme de su compañía.

Aquel crucero era especial, yo sabía que para ella era como un sueño, una fantasía hecha

realidad en un mundo que pocas experiencias como esa te permite. Intenté contactar con ella mientras

estaba fuera, pero es casi imposible hacerlo en mitad del mar, y tampoco era barato llamar a países

extranjeros cuando llegaba a puerto. A mí me daba igual el gasto, pero en esos casos también se le

cobra a la otra persona... Y ella lo tenía prohibido.

Al volver del crucero las cosas habían cambiado demasiado, porque ya sentía una lejanía por

su parte. Era como si no tuviera ganas de hablar conmigo, aunque cuando lo hacía, me contaba cosas

que no le contaría a otros. Pero supongo que lo que estás esperando es que cuente por qué aquel viaje

hizo que me diera cuenta realmente de lo que sentía por ella, ¿no? Pues es fácil. Emma me contó que

tuvo su momento Titanic.

—Oh, Dios, ¡el momento Titanic! —exclamó Will al oírlo— Qué mal...

—Sí —afirmé sumido en la decepción del recuerdo. Hacía más de sesenta años de aquello y

todavía lo sentía como si hubiera ocurrido ayer mismo.

—Rick, una preguntita. ¿Qué es el momento Titanic? —preguntó mi amigo tras la ironía.

—Cuando te besan en la proa del barco, a la luz de las estrellas, con un horizonte marino

infinito, y sin más sonido que el agua chocando contra el casco.

—Aaaaah —contestó abriendo la boca como si tuviera un retraso mental—
Pues debió ser

jodido para ti, ¿eh?

—Sí, aún tengo esa espinita clavada.

—¿Y quién fue el afortunado? —preguntó una voz femenina desde la misma habitación.

Corrieron la cortina que había a mi izquierda y una señora con más arrugas en el rostro que

mi amigo y yo juntos me sonrió.

—Lo siento —dijo con la voz calmada—, pero he estado escuchando la historia. Es muy

bonita, por cierto. Pero, ¿quién fue el afortunado? ¿Valió la pena?

—No estoy muy seguro. No lo creo. Nunca más lo volvió a ver, y según le habían dicho, él

era algo así como la estrella del juego. El juego del ligue, no del amor.

—Una pena, la verdad. Esas cosas solo pasan una vez en la vida —dijo la señora con

decepción.

«O tal vez no», pensé. Sonreí para mis adentros.

—Disculpe, señor Brawn —añadió la enfermera pelirroja, que al parecer estaba con la

anciana sin que me diera cuenta—, esta es la señora Carmen María Mendoza.

—Rick —corregí una vez más a la pelirroja.

—Está bien, está bien. Intentaré no olvidarme —replicó la enfermera con voz cansada.

—Qué modales los míos, señor Brawn, que se me olvida presentarme. Perdóneme usted. A

estas edades a una se le olvidan demasiadas cosas.

—No se preocupe, faltaría más. Yo soy Richard Brawn, señorita. Rick para los amigos, como

ya ve. Usted puede llamarme Rick, si quiere —dije con aire caballeroso. Me hubiera gustado

levantarme a darle dos besos, como debe ser, pero los tubos que me unían al respirador me lo

impedían.

—Me gusta su historia. Hace que me sienta joven de nuevo. Pero dígame, Rick, ¿qué pasó al

final con ella? La paciencia nunca ha sido una de mis virtudes... —rió quedamente para acabar

tosiendo.

—Parece que se está haciendo usted de oro, señor... Rick —se corrigió la enfermera Eva a sí

misma antes de que pudiera hacerlo yo—. Tal vez quiera aprovechar y contarle esta misma historia a

los niños del hospital.

—Pues ahora que lo dice, señorita Eva, no es mala idea. Pero me temo que el final de la

historia no es apto para mentes tan jóvenes. La vida real es dura, y los finales nunca son bonitos,

señorita Eva. Y esto que cuento es mi vida, ya sabe usted. Imagine entonces.

—No diga eso, Rick —dijo la enfermera—. A veces la vida vale la pena.

—Por supuesto. No me ha entendido. La vida siempre vale la pena. Pero los finales son

difíciles de asimilar. Por eso son finales. Y no creo que sea buena idea que los niños del hospital lo

oigan.

—No creo que sean tan difíciles de asimilar—intervino la señora Mendoza—. Calculo que

usted y yo tenemos más o menos la misma edad, ¿no?

—Ochenta y seis —dije rápido.

—Setenta y cinco. Casi. ¡Se conserva usted bien!

—¡Ochenta y ocho! —gritó Will rápidamente en tono burlón—. Y ella treinta y dos —señaló

a la señorita Eva.

Reí. Aunque me preocupé cuando miré a la señorita Eva, sorprendida por el acierto de mi

amigo Will.

—Lo que iba diciendo, creo que no tiene usted razón.

—Uh, qué interesante se ha puesto esto —añadió de nuevo Will antes de que la señora

Mendoza siguiera—. Explíquese, explíquese.

—Las historias dependen de las personas, pero los finales también, mucho más, incluso, diría

yo. Usted solo puede controlar lo que usted mismo se atrevió a hacer en su vida, poco más —dijo

doña Carmen María.

—Pero los hechos finales dependen de más cosas. Tal vez todo el esfuerzo que uno ha puesto

en su historia al final no tenga resultado alguno, porque casi todo depende del azar.

—Exacto, exacto. Por eso mismo, Rick. Durante su vida usted puede controlar los hechos que

le corresponden, pero no es así al final. Cuando todo termina, usted solo puede controlar una única

cosa, y es por eso que reside ahí el verdadero mérito.

—Me tiene en ascuas, doña Carmen —dijo Will.

—La forma en que lo asume, Rick. Puede irse usted a la tumba con lágrimas de dolor, pero

también con lágrimas de felicidad. Y eso solo depende de usted. Si no se arrepiente de nada de lo

que ha hecho, si tuviera la oportunidad de cambiar el pasado y preferiría no hacerlo, ¿por qué ha de

terminar su historia con tristeza? Aunque haya perdido a su amada, aunque se haya ido con otro,

aunque haya muerto, incluso. Es algo que no depende de usted, pero sí depende su mirada al

contemplar ese pasado.

—Te ha dado muy abajo, amigo mío —quiso añadir Will rápidamente.

—Hay muy pocas personas en mi vida a las que me he sentido con el deber de darles la

razón, señorita Mendoza.

—Llámeme Carmen.

—Doña Carmen, pues. Usted se acaba de convertir en una de esas personas.

6.

Fue al contarme su momento Titanic cuando terminé con una lágrima descendiendo por la

mejilla. Había estado un mes intentando engañarme pensando que solamente era una gran amiga, pero

aquella noche no hubo manera de convencerme de que no la amaba. Ella no lo sabía, y creo que de

alguna forma no quería que lo supiera. Ya era tarde para nuestra historia. Tuve mi oportunidad

durante mis primeras citas con ella, y la dejé pasar. Ahora mi moralidad me obligaba a no decírselo.

Pero nunca he sido de los que se rinden. Nunca lo he hecho, y nunca lo voy a hacer. Tal vez

ella no sintiera nada por mí en aquel momento —y menos aún después de tener su momento Titanic

—, pero conseguiría conquistarla. En aquel momento disfrutaba de esa sensación de juventud que te

convence de que cualquier sueño es posible.

Quería hacerle un regalo que fuera, cuanto menos, espectacular. Quería que pensara en mí

cuando ya no me viera. Quería que estuviera conmigo cuando en realidad no lo estuviera. Quería que

nadie pudiera nunca más superar aquello que yo le iba a regalar. Quería hacerle saber que lo que

realmente vale de un regalo no es el dinero que te gastas en él, sino el empeño, el esfuerzo, el trabajo

que le dedicas.

Era mucho pedir, pero se me ocurrió una idea un tanto típica: Un libro.

Un libro es una herramienta maravillosa para sentir que estás con alguien. Te mete dentro de

la historia, te embaucan los personajes, te sientes identificado, y de alguna manera, si tienes ganas de

leer, quiere decir que quieres pasar tiempo con ellos. Tenía que arreglármelas para ser uno de esos

personajes de libro. Yo tenía que estar dentro de ese libro. Pero siendo realistas... No tenía tiempo

suficiente como para escribirle una novela.

Pero conseguí encontrar una solución.

Así que, sin pensarlo, me dirigí hacia una librería y comencé a mirar libros, y libros, y más

libros. Y lo encontré: *Si tú me dices ven, lo dejo todo... Pero dime ven*. Maravilloso título, y más

sabiendo que se lo regalaría a una chica que se iba a vivir a otra ciudad.

Las dos semanas siguientes las pasé en la biblioteca leyendo aquel libro, y escribiendo...

¿Escribiendo por qué? Ya que quería formar parte de un libro que yo no había escrito, mi idea para

conseguirlo fue llenándolo de notitas.

Me leí el libro en apenas dos días, y escribí en mi pequeño bloc de notas todos los

comentarios que se me habían ocurrido respecto a la filosofía que se mostraba en aquella historia.

Entre capítulos, a veces, solía incluir cosas bonitas que decirle, o también alguna broma.

Siempre he creído que cuando escribes sobre ti estás dejando una parte de tu propia persona

en esas palabras. Es por eso que le confesé a Emma cosas que jamás había contado a nadie. Fueron

dos semanas de trabajo, digitalicé todos esos comentarios, chistes y cursiladas que se me habían

ocurrido, y más tarde las copié en unos pequeños post-it de colores con los que llené el libro.

Además, le escribí tanto una bonita introducción como una divertida despedida en forma de encuesta.

Las recuerdo perfectamente. Palabra por palabra.

Introducción:

Buenos días, princesa. No sé cuándo leerás esto. Aún quedan unas cuantas semanas para

que te vayas a Madrid, así que ni siquiera sé cuándo nos veremos para dártelo. De hecho, es

posible incluso que no pueda hacerlo, pero tengo esperanzas.

A lo mejor estás en el avión de camino a Madrid, o estás curioseando nada más dártelo y

te estoy mirando con una cara tintada de rojo porque me estoy muriendo de vergüenza. Quién

sabe.

Supongo que dirás « ¿Para qué te molestas tanto? ». Pues te lo lees y ya está, eso de pensar

es malo.

Encontrarás aquí cosas que intentan ser graciosas, otras más cursis, y otras, simples historias

sobre mí. Incluso también alguna que otra pregunta sobre ti que me gustaría saber.

Instrucciones de uso —sí, es que esto tiene su complicación...—:

1. Ni se te ocurra deprimirte. Ni un poquito. Esto lo hago para que saques esa preciosa sonrisa

de dentro y te alegres de lo que alguien puede hacer por ti.

2. Ha sido complicado poner los post-it en los sitios adecuados. Piensa que

no son simples

notas puestas al azar, sino que, acorde con lo que puedes leer en el libro, me surgen

comentarios. He intentado poner las notas para que puedas leerlas justo después de donde

les corresponde, pero a veces es imposible. Además, vas a tener que estar despegando notas

para poder leer las páginas enteras. Es inevitable, lo siento.

3. No solo hay notas pegadas, también hay algunas más largas que están enganchadas entre

páginas, y si mueves mucho el libro se podrían caer.

4. ¡No vale saltarse páginas!

5. Al final hay algunas cosas más, a ver si te hacen gracia. Así que cuando termines de leer el

libro sigue pasando páginas. Al principio parecerá que están en blanco, pero hazlo, confía en

mí.

6. Sonríe.

Última página:

Y ahora, después de que lo hayas leído todo y probablemente de quitarte una enorme parte

de tu tiempo me gustaría robarte unos minutos más. No haré ningún comentario como «espero que

te haya gustado» ni nada que se le asemeje, te lo aseguro, aunque para mis

adentro espero que te

haya gustado, claro está.

Lo interesante ahora es que te voy a pasar una encuesta para ver tu nivel de satisfacción

con el regalo, y así para la próxima vez lo mejoro un poco—y tú deberías decir «¿más aún?», pero

como no estoy delante de ti no puedo comprobarlo. Lo imaginaré, entonces. Eso de la modestia no

va conmigo—.

Permítame entonces robarle esos minutos de su tiempo, señorita. Será rápido. Le pido que

cuando la acabe mande los resultados al señor Richard Brawn para el correcto tratamiento de la

información y la posterior mejora del regalo. Empecemos:

1. ¿Qué le han parecido este libro y sus notitas?

Me han encantado, me gustaría que me lo hicieran más a menudo.

Han estado bien, pero el libro podría ser mejor

¿Pretende que me lea todo esto?

2. ¿Ha superado sus expectativas?

Desde luego, no creía que un libro pudiera dar para tanto

Más o menos me lo esperaba así.

Puede, pero sigo prefiriendo que me compongan una canción al piano

Nota: Usted sabe que soy capaz de aprender a tocar el piano.

3. Entonces, ¿ha sido la cursilada más bonita que le han hecho?

Evidentemente. Esto es insuperable

No, faltó poco pero no

Nota: Me niego a poner una tercera opción en la que diga que esto no ha sido bonito.

Le damos las gracias por su tiempo y nos despedimos de usted con todo el cariño que se le

puede tener a una princesa.

Gracias, te quiero, y sonrío, que son las tres cosas más importantes que te puedo decir.

Durante las semanas que estuve esperando para verla mientras tenía el libro preparado me

sentía contento por haberme esforzado tanto, y creer que el resultado había sido bueno. Lo cierto es

que no creía que aquello funcionara para poder estar con ella, ni siquiera un poco. Aunque todo

saliera de la mejor forma posible, ella se iría a vivir muy lejos en una semana. A mí no me habría

importado tanto, pues soy de esas personas que no espera que las oportunidades se le presenten, sino

que las busco con todas mis fuerzas hasta encontrarlas. Eso quería decir, principalmente, que si me

decía Ven, yo lo dejaba todo. Pero necesitaba que me dijera Ven.

—Rick, no tienes remedio —me dijo Will tras un largo suspiro.

Ese comentario alivió los otros «Ohhhhhh» propios de las mujeres cuando oyen que alguien

ha hecho algo bonito por la persona a la que ama, que me resultaron un tanto halagadores, pero más

molestos.

Al principio intenté excusarme, apelando a mis dieciocho años de entonces, pero a los pocos

segundos me di cuenta de que era absurdo.

—Fue el regalo más espectacular que nadie haya hecho jamás —concluí orgulloso. A decir

verdad, en todos mis años de vida jamás se me había ocurrido un regalo que me pareciera

mínimamente mejor que ese. Supongo que lo había, desde luego, pero yo no quería verlo.

—Veo que sigues teniendo la modestia al mismo nivel que hace sesenta años.

—Eso parece.

—Cuando dijo lo del libro, señor Brawn, reconozco que creí que sería una bobería como la

de cualquier adolescente con ganas de echarse una novia —dijo doña Carmen María—, pero me ha

sorprendido usted. Una vez más. Ya me hubiera gustado en mi juventud haberle enamorado yo, señor

Brawn.

—Definitivamente ya le hubiera gustado, doña Carmen —reí.

—¿Y qué pasó cuando le dio el libro, señor Brawn? —preguntó la señora Mendoza, con una

sonrisa que le entrecerraba los ojos de forma que no creí que pudiera ver nada.

Durante años la historia del libro de Emma me causó una gran vergüenza, en parte porque el

detalle que había tenido era demasiado ridículo. Muy bonito, sí, pero a decir verdad incluso a mí me

parecía demasiado... Simplemente, demasiado. Aunque esa no era la razón principal por la que me

avergonzaba. Esa razón era que Emma no volvió a hablarme.

—Se alegró mucho al ver que nuestra amistad había dado frutos como aquellos —conté a los

que ya consideraba mis amigos del hospital—. Como dije, una semana después se fue a estudiar a

una universidad muy lejana, y solo podría verla durante las vacaciones. No obstante... nunca la vi.

No en los siguientes años.

—¿Cómo puede ser eso, Rick? —preguntó Will con los ojos fuera de sus órbitas— Hay

mujeres a las que no les gustan ese tipo de detalles, pero... No creo que Emma fuera así.

—Y no lo era. Le encantó. El regalo, al menos. Pero con él, descubrió una verdad que no

quería asumir. Yo estaba enamorado de ella, y a partir de entonces lo supo.
Por supuesto, mis

sentimientos no eran correspondidos. Así que, se alejó de mí. Contestaba una
de tantas llamadas, y

siempre era para poco más que saludar, siempre tenía que irse rápidamente. Al
principio podía ser

una excusa viable, supongo que llegar a una ciudad nueva te vuelve una
persona ocupada, pero tras

tres meses evitándome... No había forma de ignorar el hecho de que no quería
hablar conmigo. Sé

que leyó el libro, y sé que le encantó, pero tardó muchos años en dirigirme la
palabra por sí misma.

Ni siquiera me avisaba cuando volvía a la ciudad por vacaciones. El verano
siguiente la vi un día

por la calle sin saber que había vuelto, y, lejos de saludarla, me sentí triste y
decepcionado, y le pedí

que habláramos para aclarar lo ocurrido. Tuve que suplicárselo tres veces
para que me hiciera caso.

Por fin acabó confesándome que decidió alejarse de mí para no sentirse mal.
Yo no lo entendí, pensé

que era yo quien sufría y la decisión entonces debía recaer en mí, pero no lo
cuestioné. Ella dijo que

volveríamos a hablar cuando ambos quisiéramos hacerlo. Yo quería, pero al
parecer ella no.

—¿Alguna vez te he dicho que no entiendo a las mujeres? —dijo Will.

—Ni yo tampoco. Nunca entendí que hiciera aquello, pero era cuestión de dos

y estaba en su

derecho de tomar una decisión.

—Un hombre ofrece todo lo que tiene y lo pisotean sin ni siquiera darse cuenta. Y luego un

cabrón de gimnasio tatuado las trata a patadas y se van con él, enamoradas como si no hubiera nada

mejor en el mundo.

—No diría yo que es tan sencillo, señor Soul.

—No me niegue que los sentimientos de las mujeres son, cuanto menos, contradictorios.

—La vida es contradictoria.

—¿Qué opina usted, señorita Eva? —continuó Will.

—Creo que el señor Brawn...

—Rick —corregí rápidamente.

—Creo que Rick se lo está inventando todo.

—Demonios, ¿cómo puede pensar eso? Poseo innumerables defectos, como usted misma y su

astucia le habrán hecho saber, pero, señorita Eva, la mentira no es uno de ellos.

—En la vida real los hombres no hacen regalos como el que usted cuenta a mujeres que han

conocido dos meses antes.

—Está usted muy equivocada, señorita Eva —reproché, algo enojado.

—Ese tipo de cosas salen en las películas, en el mundo real las personas tienen ocupaciones,

trabajos, familia, o prefieren gastar su dinero y su tiempo en pasarlo bien, no en leer libros

desconocidos y llenarlos de sentimientos para una mujer a la que no van a poder ver.

—Se equivoca, señorita Eva. Ese tipo de cosas, como usted las llama, no salen en las

películas, porque las mujeres con un buen aire romántico en el cuerpo saldrían tan deprimidas que

habría una oleada de suicidios femeninos debido a que saben que nadie les hará algo así jamás. Pero

si no cree usted que en el mundo real uno puede levantar los pies del suelo y volar, señorita Eva, no

tiene nada por lo que vivir. Sin ilusión no hay vida que valga la pena.

—Cuando le conocí creí que era usted un escéptico, señor Brawn.

—Supongo que tendré que dejar de corregirla para que me llame Rick —dije olvidando por

unos segundos la intensa discusión—. Déjeme que le diga que tengo muchas facetas, pero jamás he

perdido la ilusión. No creer en el amor como un ente superior, ni en religiones que prometen

paraísos, ni en la vida tras la muerte no quiere decir que no pueda disfrutar de la sonrisa de la

persona a la que amo. Al fin y al cabo son las sonrisas las que mueven el mundo, señorita Eva, y vale

la pena trabajar muy duro por una de ellas. De hecho, mucho más importante me parece trabajar para

ver una sonrisa que para comprar lavadoras y porquerías de esas.

—Señorita Eva —dijo Will—, ¿no le habrán puesto alcohol en el suero al pobre Rick, no?

Demasiado filosófico lo veo hoy.

Mientras tanto, en la camilla que había a mi izquierda podía ver cómo doña Carmen María

contemplaba la escena y sonreía. Solamente sonreía.

7.

—Hola —me dijo Emma girando la cabeza con una sonrisa forzada cuando me vio.

—Hola —sonreí de la misma forma—. Cuánto tiempo, ¿qué tal has estado?

Aquella fue la primera vez que nos vimos para hablar después de tres años. Aquel día yo

tenía muy presente lo último que le dije: Los sentimientos no se olvidan, pueden ocultarse o

ignorarse, pero jamás se olvidan.

Y eso fue lo que pensé justo cuando la vi. Creo que no hay que intentar olvidar el dolor a toda

costa. El dolor tiene su utilidad. Lo fácil es olvidar aquellas experiencias que nos hacen sufrir, pero,

¿y lo correcto? Yo no intento buscar la decisión que me haga más feliz, sino la que sea correcta. Es

muy difícil a veces identificar cuál es esa decisión, pero vale la pena pensarlo.

Aquel día, una parte de mí intentaba fingir que nada había ocurrido. Y la otra pretendía seguir

nuestra historia. La cuestión era cuál de esas dos partes prevalecería.

Cuando la vi estaba realmente preciosa. Era una chica muy guapa, de cabello moreno y liso,

piel blanca, ojos grandes y con una sonrisa maravillosa. En aquel momento había terminado el tercer

curso de filología hispánica, la literatura era su gran pasión. Yo no terminaba de compartir su

entusiasmo, pues mis aptitudes para las letras no pueden compararse a mi capacidad para manejar

números y fórmulas, y mi visión escéptica y científica de todo cuanto veo le resta validez a todo

aquello que careciera de demostraciones. Aún así, la literatura seguía resultándome interesante.

—Me alegro de verte, Rick. Hace por lo menos tres años, ¿no?

—Sí, más o menos, sí. Yo también me alegro de volver a verte.

Yo sabía que eran más o menos dos años y diez meses.

—Te veo muy bien, estás más... un poco de todo —me dijo.

—Sí, he cambiado bastante.

Era muy cierto. Cuando la conocí, justo al acabar el instituto, tenía aún el rostro propio de un

niño, estaba mucho más flaco de lo que debiera, y tal vez mi actitud tímida me restaba credibilidad a

la hora de estar con una mujer. Eso ya había cambiado. De hecho, en aquel momento yo tenía novia.

Una buena chica, se llamaba Estefi, guapa, inteligente, con un don poco común para el arte. Pero

desde el mismo momento en que empecé a salir con ella supe que no íbamos a tener un futuro juntos.

Me resulta extraño pensar que alguien como yo, que desestima la posibilidad de un amor

verdadero y todas esas patochadas, se convenza a sí mismo de que su vida no estará unida a alguien

con quien ha compartido unas cuantas semanas. Y en cambio, con Emma sí había estado convencido.

Al menos, lo estuve cuando la conocí.

—Me dijiste en el correo que tenías novia, ¿no?

—Así es.

Emma intentaba levantar un muro entre nosotros, lo supe. No había cambiado nada, en

realidad. A veces las personas necesitan fabricar una barrera alrededor de sí mismas para que no

puedan acercarse a ellas demasiado. Les da miedo. Lo sé porque en un momento de mi vida yo

mismo fui así.

—Es una buena chica —continué.

—Me alegro mucho por ti, te mereces a alguien que te quiera.

Ya sé que puede parecer un tanto absurdo estar con alguien a quien no quieres, o a quien no

sabes si quieres. Puede parecer que estás aprovechándote de la bondad y los sentimientos de alguien.

En mi caso, no era así, o no quería que fuera así. Pero Emma estaba dando por supuesto algo que no

era cierto, y yo no quería sacarla de ese error. Si llego a decirle que no era nada serio, estoy seguro

de que se habría asustado y no hubiera vuelto a verla otra vez en al menos otro año más. Habría sido

como traspasar ese muro que ella necesitaba.

—Gracias, supongo que sí.

No le había contado que, antes de Estefi, había salido con otras cinco chicas más.

—Claro que sí, eres un tío cojonudo.

—Eso ya lo sabíamos ambos —y le guiñé un ojo—. ¿Y tú? ¿Tienes a alguien?

—Ahora mismo no. Hace unos meses terminé con un chico con el que estuve casi un año y

medio, pero no estaba funcionando.

—Lo siento.

Una parte de mí se alegraba. Una parte muy grande de mí.

—Fui yo quien lo dejé. No me estaba sintiendo a gusto. Pero la carrera me va muy bien, me

gusta mucho. Siento que cada año que pasa soy mejor persona, y más madura. La literatura nos hace

crecer.

—Yo también disfruto de mis clases. Aunque no tengo ese entusiasmo que tienes tú, pero

también me va bien. No soy de los primeros de mi clase, pero con lo que tengo me vale. Sabes que

pienso que las notas son un simple número escrito en un papel.

—Lo sé —dijo, como si me conociera de toda la vida. Como si en tres años nada hubiera

cambiado.

Tras un silencio un tanto desalentador, quise reemprender la conversación.

—¿Y sabes ya lo que quieres hacer cuando termines? —dije.

—No estoy muy segura aún.

—¿Escribir, tal vez?

—No creo, no se me da muy bien eso de crear algo nuevo. Pero sí me gustaría enseñar.

—Luchar por el futuro de la sociedad —dije medio en broma medio en serio. Ella rió.

—Sí, ¿por qué no?

Finalmente, terminamos el día charlando y contando las historias más representativas de

nuestros tres últimos años. Sobre todo me habló de sus viajes, de los lugares que había conocido y de

las personas que había encontrado. Fuimos a unas cuantas tiendas a mirar ropa, y con el paso de los

minutos volvíamos a ser los amigos inseparables, tal como lo habíamos sido hacía ya tres años.

Como si no hubieran transcurrido ni tres días después de regalarle aquel libro. De nuevo, una parte

de mí se alegraba, pero otra yacía escondida por el temor de aquella relación de amistad. «No quiero

que seamos solo amigos», me decía a mí mismo. Pero estaba seguro de que eso era lo que ella

quería.

—No te engañes, Rick, la amistad con las mujeres no es posible —intervino Will.

Me hallaba ensimismado mientras contaba la historia, hasta que las palabras de mi amigo me

devolvieron a la camilla del hospital. A mi derecha se encontraba Will sentado en una de esas

penosas sillas blancas e incómodas de hospital. A mi izquierda reposaba doña Carmen María, que,

como siempre, me contemplaba con mirada intensa y mostrando una felicidad que carecía de

defectos. Frente a mí, la señorita Eva, también sentada, disfrutando esta vez de su descanso. Pero

aquellos tres ya no eran mi único público. Habían llegado nuevos oyentes: Dani, Leo y Cristina,

jóvenes vidas atrapadas en un hospital, aún con la esperanza de poder salir de

allí y vivir con

normalidad algún día. Creo que los tres tenían tumores, aunque tanto a Leo como a Cristina les

quedaba pelo sobre la cabeza. Dani, en cambio, llevaba un pañuelo azul marino que se la tapaba. Me

hubiera gustado pensar que todos se librarían de aquel infierno embaldosado de blanco con el

tiempo. Ojalá la ciencia, que tanto defendí durante toda mi vida, fuera capaz de curar sus cuerpos lo

suficiente como para llevarlos hacia una luz de libertad, y no de final de trayecto. Aún así, yo tenía

muy claro que moriría antes que ellos. Me encontraba a solo una semana del punto crítico en que mi

corazón estaría al borde del colapso, según los batas blancas.

Lo cierto es que iluminar sus rostros con una o dos sonrisas antes de poner mi último pie en

la tumba me habría bastado para despedirme sabiendo que he hecho suficiente. A veces los héroes

los producen gestos tan sencillos y reconfortantes como el echar un abrigo por los hombros a un niño

para hacerle saber que la vida sigue.

Es curioso el efecto que tiene este dichoso lugar. Es casi como si el olor de las habitaciones,

incluso de las sábanas, incitara a una tranquilidad superior que te otorgara las fuerzas suficientes

como para aceptar algo tan difícil como estar enfermo. A pesar de que mi vida pronto llegaría a su

fin, me sentía en paz. Contaba mi historia, no tenía nada de lo que arrepentirme en toda mi vida.

—La amistad entre hombres y mujeres es posible —afirmé con rotundidad.

—Vaya. Sabía que eras romántico, Rick, pero te creía inteligente. Las mujeres creen que

pueden tener amigos, pero si los hombres tienen una mínima oportunidad la aprovecharán para ser

algo más. O para obtener algo más, mejor dicho.

—¡Será machista! —intervino doña Carmen María.

—Tengo razón, admítalo, señora Mendoza.

—¿No has tenido una sola amiga, Will? En tus ochenta y muchísimos años, ¿ninguna?

—Al final siempre acababa venciendo el impulso.

Yo reí a carcajadas. Lo había dicho como si el impulso fuera por parte de ambos «amigos».

Creo que mi gran amigo Will, el extrovertido genio, se había llevado unos cuantos buenos chascos en

su vida. Uno no siempre gana, por muy inteligente que sea.

—En mi vida he llegado a pensar, incluso, que la amistad entre hombres no existe —dije—.

Lo podemos pasar bien entre nosotros, vivir experiencias, reunirnos cada poco tiempo. Pero la

amistad no es solo eso, sino apoyar en los peores momentos, olvidando la vergüenza que eso

conlleva. Tal vez los hombres solamente nos usemos entre nosotros para disfrutar y pasarlo bien, o

para no estar solos, pero he tenido amigas, y no es así con ellas. Pueden estar contigo, pero pueden

alejarse de ti y seguir esforzándose para que seas feliz. En malos momentos, pueden abandonar todas

aquellas oportunidades que la vida les ha ofrecido solamente por convertirse en el pilar que tú has

perdido. Y eso, amigo mío, es amistad.

—Cada vez me cae usted mejor, señor Brawn —afirmó entre susurros doña Carmen María.

—¿Y entonces, cuando os reconciliasteis, qué pasó? ¿Le pediste que fuera tu novia? —

preguntó Leo con impaciencia. No tenía más que nueve años. No estaba seguro de que alguien tan

joven como él debiera escuchar mi historia, porque hasta ahora solo he contado el principio, lo

típico, lo fácil. Aún no había dolor de verdad, y no sé si es eso lo que necesita oír un niño de nueve

años que vive encerrado en un hospital. Supongo que lo que necesitaban ellos era algo de esperanza,

una historia que les mostrara que hay mucho más ahí fuera de lo que ellos pueden ver, que hay rachas

en la vida de una persona en las que cada amanecer resulta una bendición.

Ellos probablemente viven

día a día sin esperar nada de nadie, sin encontrar lo que es la verdadera felicidad.

Todos rieron al oír la pregunta de Leo, pero dejaron que yo fuera quien contestara.

—Poco a poco, Leo. Sé paciente —dije sonriendo.

Con el tiempo, finalmente las cosas con Emma se estabilizaron de buena forma. Incluso

notaba que las cosas eran diferentes con ella, para mejor. Antes, ella parecía tener miles de amigos, o

puede que babosas impacientes por aprovecharse de ella que ocultaban su verdadero rostro —y

algunos consiguieron aprovecharse, sí— y que le quitaban tiempo en su día a día. Aunque eso debía

haber cambiado, porque ya no parecía tan ocupada. Supongo que con el paso de los años acabó

viendo las intenciones de la mayoría de aquellos que fingían ser sus amigos.

Yo fingía ser su amigo cuando quería que fuéramos algo más, ciertamente, pero mis

intenciones eran más honorables, o eso quería creer.

En el escaso mes de verano que pudimos estar juntos sacó bastante tiempo para pasarlo

conmigo. La llevé al cine, la enseñé a jugar al cricket de dardos, la torturé en un karaoke con mi

terrible voz, la llevé a pilotar un potente kart, y también a disparar bolas de

pintura contra gente

desconocida en una empedernida batalla.

Yo estaba saliendo con Estefi, pero lo cierto es que llegó un punto en que veía más a Emma.

Supongo que con Estefi nunca tuve la confianza necesaria para contarle que, en realidad, estaba

enamorado de Emma. Nunca me ha gustado ocultar mis sentimientos, se merecen la posibilidad de

ser libres, pero aquella chica a la que una vez le regalé un libro con notitas me había cambiado la

vida, y durante un tiempo no quise aceptarlo.

Cuando ya solo nos quedaba un día antes de que ella volviera a Madrid se me planteó un

serio dilema. Habían pasado tres años desde que la conocí y obvió mis sentimientos, pero no podía

negar que aún existían. Seguía enamorado de ella. Sin lugar a dudas, sin peros, sin excusas. ¿Debía

decírselo? ¿Debía callármelo y aceptar simplemente su amistad? ¿Debía intentar conquistarla con

uno de esos detalles espectaculares que solo se me ocurren a mí?

Esta fue una de las pocas decisiones de mi vida que difícilmente tenían una respuesta

correcta. Normalmente hay que elegir entre lo que es correcto y lo que es fácil. Esta vez, en cambio,

ni siquiera sabía qué era lo fácil.

«La llevaré a la montaña como si no tuviera nada que contarle», me dije. «Y ya decidiré

cuando esté allí».

Cogimos el coche el día siguiente, y fuimos hasta una montaña a unos cuarenta kilómetros de

mi ciudad. Para llegar había que atravesar un sendero de un frondoso bosque plagado de telas de

araña —y arañas, claro— con hojas secas por el suelo que crujían a nuestro paso, un intenso olor a

humedad y una tierra bajo nuestros pies que insistía en adherirse a nuestro calzado cual hierro a

imán.

—Es un sitio precioso —dijo cuando llegamos a la parte más alta.

El manto de nubes se abría bajo nosotros, ocultando la tierra en la que nos habíamos criado, y

por encima, el sol nos contemplaba solo a nosotros. En la lejanía podíamos ver cómo otras montañas

se alzaban incluso más altas.

—Cuando estoy aquí siento que toda nuestra vida es un sueño, y esto es lo que se ve al

despertar. Como si en este lugar el tiempo no transcurriera.

—Sí, es increíble.

Era el momento de contárselo. Lo supe entonces, lo sé ahora. Pero no lo hice. No podía

hacerle eso. Supongo que me dejé llevar por la cobardía de mis emociones, aunque una parte de mí,

una muy pequeña, se repetía que lo estaba haciendo por su bien. No estaba siendo el hombre que

Emma necesitaba en aquel momento, pero sí el hombre que ella se merecía.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó ella con un tono que no terminó de gustarme. No

era un reproche, ella estaba contenta de estar en aquel lugar, pero era una pregunta un tanto difícil

sabiendo que la había traído porque la amaba.

—Me gusta este sitio, y quería que lo vieras —mentí de mala manera.

—No me has respondido.

—Es un lugar importante para mí. Y tú eres importante para mí.

Era la mejor respuesta que pude haber dado, y estaba seguro de que Emma, imbuida en su

inocencia, la aceptaría y no volvería a intentar hablar del tema.

—Una vez me dijiste que estabas enamorado de mí, y que eso no cambiaría —
Al parecer

Emma sí había cambiado en esos tres años.

—También te dije que con el tiempo conseguiría que lo olvidaras, y que soy muy convincente.

—Eso me dijiste, pero ya no soy tan crédula. ¿Alguna vez has traído a Estefi aquí?

—No, lo cierto es que no.

—¿Y por qué a mí sí?

Quise decirle la verdad. Toda la verdad.

—Tú eres diferente.

—Por favor, Richard, deja las respuestas cortas. Sabes lo que quiero saber, no des más

rodeos.

—Hace unos segundos decidí que no te lo diría, porque sabía que no querías oírlo.

—Estás tomando una decisión que me corresponde a mí —me dijo ella. Y entonces me di

cuenta de que yo le había reprochado lo mismo tres años atrás, cuando se apartó de mí cuando supo

lo que sentía por ella.

—Tienes razón —contesté convencido. Supongo que el momento había llegado. Al fin y al

cabo ella lo quería así—. Me enamoré de ti una vez, y eso jamás ha cambiado. Puedo ocultarlo,

incluso puedo intentar ignorarlo. Pero no voy a engañarme intentando negar mis sentimientos. Así que

lo he ocultado, aunque sabes el daño que eso me hace. Era lo mejor para ti. Tú no necesitas a alguien

como yo ahora mismo, no quieres a alguien como yo. Si lo hubieras querido supongo que te habrías

dado cuenta al leer el libro que te regalé. Preferiste tomar la decisión de alejarte de mí. Y yo ahora

he querido cambiar esa decisión, porque estoy enamorado de ti, y debía hacer todo aquello que

estuviera en mi mano para acercarnos de nuevo, aunque no fuera como a mí me gustaría. Necesitabas

tiempo para reponerte de aquello, o no me habrías creído. Necesitabas tener un muro entre nosotros

que supieras que yo no podría sobrepasar para sentirte más segura, y ese muro era Estefi. Quiero que

sepas que no la estoy utilizando, ni mucho menos. Ella me gusta, pero jamás he sido capaz de

encontrar a alguien que despierte en mí un sentimiento parecido al que siento por ti.

—Entiendo —dijo mientras sus grandes ojos me miraban fijamente. En su expresión pude ver

entremezclados un sentimiento de pena y cierta alegría.

—Una vez te dije que podía dártelo todo. Quería dártelo todo. El libro debía ser una muestra

de que soy capaz de aquellas cosas que nadie más está dispuesto a hacer. Pero las relaciones no

consisten en que uno se ofrece a darlo todo y el otro se siente tan importante que acepta dejar de ser

dos para convertirse en uno. No esperaba, ni mucho menos, que tú quisieras darme tanto como yo a ti.

No necesitaba que me devolvieras nada, excepto un mínimo de confianza y de compromiso, pero no

quisiste llegar a eso. Y no te equivoques, no te culpo por ello, es tu vida y eres

libre de tomar la

decisión que más te beneficie, o la que creas correcta. Así quiero que sea. Lo cierto es que no puedo

pedirte nada. Tú eres ahora la que tiene que tomar las decisiones pertinentes, Emma. Y... que conste

que te estoy diciendo esto porque tú lo has querido.

—He cambiado mucho estos últimos años. No me enorgullezco de ello, pero he estado con

muchos hombres. Algunos me han hecho promesas falsas para aprovecharse de mí, otros me han

dicho la verdad desde un principio, es decir, que no iban en serio, y el resto han sido buenos conmigo

solamente para gustarme, hasta que han visto que ya no tenían ninguna posibilidad. En algún

momento, todos los hombres se olvidan de que yo también tengo sentimientos. Todos excepto tú.

Recuerdo cuánto había deseado oír esas palabras.

—Tú —siguió—, aquel chico que estuvo semanas escribiendo y preparándome un regalo

cuando sabía que yo me iría durante cuatro años, y que no tenía posibilidad. Aquel que, después de

aquello, me ocultó sus sentimientos durante meses para protegerme, y que aún hoy sigue intentando

hacerlo. ¿Sabes?, yo sabía que si te hubiera dicho Ven, incluso después de haber estado años sin

dirigirte la palabra, lo habrías dejado todo y habrías venido, fuera cual fuera la razón.

Sin lugar a dudas, era cierto.

La contemplé entonces con mis ojos un tanto llorosos. Estaba viviendo aquel momento que

tanto me había imaginado, y que ya renuncié a que pudiera ocurrir. Nos encontrábamos sentados en un

árbol caído, y cuando la miré, ella agachó la cabeza con timidez. No sabía si debía hacerlo, pero

necesitaba intentarlo. Acerqué mis labios a los suyos. Ella levantó la mirada, esta vez con una risita

queda. Yo tampoco pude contener una tenue sonrisa. Adoro el eterno instante que se produce justo

antes del beso. Ese en que todo se para, el corazón deja de latir, los pensamientos desaparecen. Y

entonces, ella recorre el último centímetro que queda para que seamos uno.

De nuevo, oí ese « *Ohhhhhhh* » que suelen decir las mujeres cuando oyen algo bonito. Esta

vez, ese « *Ohhhhhhh* » me encantó. Tan poco tiempo me quedaba por vivir, y pese a ello, aquel

pequeño sonido saliendo de las cuerdas vocales de doña Carmen María, y en menor medida de la

señorita Eva, me hizo sonreír como hacía ya mucho tiempo que no hacía.

—Reconozco, amigo mío —dijo Will muy serio—, que el ajedrez se te da de pena, pero

diciendo cursiladas eres el mejor.

—Lo sé —contesté con un aire de prepotencia casi, casi imperceptible.

—¿Quiere decir, señor Brawn, que finalmente tuvo una relación con Emma?

—preguntó la

señorita Eva muy interesada. Al parecer ya se había olvidado de que pensaba que mi historia era una

mentira.

—A decir verdad, sí, señorita Eva. Aquella jovencita desconocida en la que me fijé en la

prueba de acceso a la universidad y a la que asalté durante tanto tiempo se convirtió indudablemente

en la mujer de mi vida.

—¿Se casó con ella? —preguntó uno de los chicos que aguardaba con los ojos abiertos como

platos mientras me escuchaba.

Ya no estábamos en mi habitación, sino en una amplia sala donde los niños del hospital

recibían clases, pero la señorita Eva había conseguido reservarla solamente para mi historia.

Supongo que a veces la historia de un viejo como yo puede ser algo mucho más educativo que

aprender a resolver ecuaciones.

—Sí, me casé con ella.

Todos sonrieron. Poco faltó para oír un nuevo «Ohhhhhh», pero a decir

verdad, de oírlo, me

hubiera dolido bastante. Evidentemente, Emma ya no estaba conmigo. Will me echó una mirada

desconcertante, que me mostraba que sabía que la historia no había acabado. Pero los niños debían

creer que sí. Ojalá las historias acabaran cuando se celebra una preciosa boda.

8.

—Te veo muy seria —le dije sonriendo ligeramente mientras dejaba ambos platos de sopa

sobre la mesa.

—No es nada —me dijo ella.

Claro que es algo, supe. Era una mujer demasiado expresiva, siempre alegre, siempre

sonriente, siempre hablando. Tenía un don para hablar sobre cualquier cosa, podía contarte la

historia de lo que había hecho durante dos minutos, usando para ello diez más, pero aquella noche

estaba extremadamente silenciosa.

La miré a los ojos y mantuve la mirada durante unos segundos. No le habría importado si

fuera cierto que no pasaba nada, pero pasaba.

—Lo digo en serio, Rick. Hoy no.

Ella odiaba cuando pretendía ver a través de sus pensamientos. Decía sentirse

desprotegida,

sin intimidad, y por eso yo solía dejarle espacio. No contesté. Es justo, pensé, si no quiere contarme

algo no tiene por qué hacerlo.

La cena estaba muy caliente aún. Soplé un poco, primero al plato, y luego a la cuchara, hasta

que di el primer trago. Ella solía comer rápidamente, aunque tenía un metabolismo que se lo

permitía. Las mujeres no suelen darse cuenta que, en realidad, no importa el peso ni la mitad que la

sonrisa. Pero aquella noche daba sorbos milimétricos. Tardó tanto en terminársela que me preocupé.

Siempre me ha resultado complicado saber cuál es el momento de callar y cuál el de sonreír y

abrazar. Queriéndola tanto como la quería, lo único que buscaba era lo mejor para ella, y no estaba

seguro. Pero por sus pistas, decidí callar. Cada vez que lo pienso hoy este recuerdo me atormenta, tal

vez tomé la decisión equivocada. No lo sé, pero tal vez, y solo tal vez, una sonrisa habría bastado

para darle fuerzas aquella noche.

Al terminar de cenar, me levanté para recoger la mesa y ella me siguió.

—No te levantes, yo me encargo —dije.

—No —dijo seria.

—Estás agotada, deberías subir a descansar.

—No estoy cansada.

Ella cogió su plato y su vaso y lo llevó al fregadero. Tenía la cabeza algo más caída de lo

normal, estaba más encorvada, y le temblaban un poco las manos.

—Trae, yo lo llevo —dije, temiendo que pudiera caerse la vajilla.

—¡Yo puedo! —gritó ella con insistencia mientras tiró fuerte del plato que yo comenzaba a

agarrar. Acto seguido, se le cayó primero una cosa, y del susto también la otra. Rompió a llorar.

La había visto llorar antes unas cuantas veces, pero aquella me resultó la más horrible de

todas porque no entendía la razón. Llevábamos juntos tres años, ¿acaso aún no podía confiar en mí

para cualquier cosa?

—Ve a descansar, cariño —le rogué con voz suave para que no se alterara. Intenté evitar que

siguiera discutiéndome que estaba perfectamente, pero no lo conseguí al primer intento, era

demasiado testaruda.

—No, yo lo recogeré.

—Ve a descansar —Solo quería que su mal día acabara y a la mañana siguiente pudiera

despertar sonriente tras mi «Buenos días, princesa».

No contestó, pero lo hizo. Atravesó el vestíbulo y se fue hasta el dormitorio. Fui a por la

escoba y limpié la cerámica rota, luego terminé de recoger lo que quedaba en la mesa, fregué los

platos y dejé pasar unos minutos más para que ella pudiera estar sola.

Finalmente, subí a ver cómo estaba, pero creo que se hizo la dormida. No se movió lo más

mínimo cuando entré al dormitorio, pero tras acostarme yo, durante la noche, tuve la sensación de

que sollozaba. No quise presionarla más, solo esperaba que al día siguiente estuviera mejor.

Desperté hacia las seis y media, treinta minutos antes de lo que me correspondía, pero miré

hacia su lado de la cama y ya no estaba. Cuando alguien cocinaba en aquella pequeña casa el olor

estaba en todas las habitaciones, pero en ese momento no noté nada. Sus horarios eran un tanto

variables, pero estaba seguro de que aquel día, un miércoles común, debía estar en la facultad a

partir de las ocho, más o menos, eso quería decir que no le correspondía estar levantada aún.

Sin pensar más para evitar preocuparme, me vestí y me dirigí al comedor. Di gracias por

encontrarla. Estaba sentada, derrumbada sobre la mesa con un vaso a un lado de algo que debía de

ser té. Al verme levantó un poco la cabeza, me miró y vi que tenía los ojos

muy rojos. En esos

momentos en los que sabes que pasa algo horrible siempre piensas que las noticias van de fallecidos.

Lo primero que se me ocurrió fue que le habría pasado algo a su madre, que era ya muy mayor, o tal

vez alguna de sus amigas.

Me senté frente a ella y la miré a los ojos. Esperé a que me hablara ella primero. No dije

nada durante varios minutos.

—¿Es algo que debería saber? —pregunté. No quería invadir su intimidad, ni que me viera

como una amenaza en aquel momento. Si quería apoyarla tenía que ser tolerante y respetar sus

decisiones y sus actos.

—Tengo que contártelo... pero no sé cómo.

Se me ocurrió que podría hacer una broma para aliviar la tensión, pero no me pareció el

mejor momento. Y además, la noticia tenía que ver conmigo, si no, sabría cómo contármela.

—¿Es grave?

—Mucho.

Desperté sudoroso en la cama del hospital. Las persianas de la habitación estaban bajadas y

me rodeaban las tinieblas, me envolvía en la soledad de un lugar en el que

hasta ahora siempre me

había sentido seguro. Noté mis manos frías y el corazón agitado. Había sido un sueño

Cuánto la echaba de menos, maldita sea, habría dado absolutamente todo por poder verla una

sola vez más y decirle que la amaba. A veces la encuentro mientras duermo, en sueños. Tal vez

algunos lo llamen pesadillas, pues recordar algo tan doloroso puede resultar un sufrimiento casi

insuportable. Pero no me ha importado nunca recordar a Emma con dolor, mientras sea su imagen la

que veo. Ojalá hubiera conseguido decirle todo lo que necesitaba decirle en un sueño. Tal vez así

conseguiría dormir mejor.

Nadie conoce lo ocurrido con Emma. Y ocultar una parte de tu vida, ocultar quién has sido

durante toda tu vida, es suficiente excusa para sentirte solo para siempre.

Solo ahora, días antes de lo que será mi muerte, puedo decir que estoy sintiendo algo más

poderoso que el miedo a no ver a Emma nunca más: la liberación de estar contando nuestra historia.

Me está ayudando a vivirlo todo de nuevo, pero aún más a vivir el presente. Puede parecer que no

conozco de nada a la gente que me escucha: la señorita Eva, doña Carmen María, o los niños; pero

no lo creo así. Veo sus rostros mientras me escuchan, sonrían cuando me ven feliz, entristecen cuando

me ven decepcionado. De alguna forma, ellos sienten lo que yo siento. De alguna forma, somos

iguales.

Al día siguiente, me hicieron unas pocas pruebas más, me dejaron sin almorzar, y tuve que

esperar a media tarde para seguir contando la historia. Will llegó al hospital desde por la mañana, y

como yo no estaba disponible, se paseó planta a planta conociendo gente con su habitual

extroversión. Para cuando nos reunimos otra vez en la habitación —sin los niños esta vez—, los

rostros de mis allegados no se iluminaban de alegría, como había pasado otras veces. Temían que las

cosas en la historia se tornaran más tenebrosas. Así era, ciertamente, pero aún quedaba un atisbo de

luminosidad.

A partir del día en la montaña, Emma y yo nos tuvimos que enfrentar a innumerables

obstáculos. El primero era la distancia, pues a ella aún le quedaba cursar un año en Madrid, mientras

yo, estudiante de física de talento desperdiciado por la desgana, no podía permitirme cambiar de

residencia así como así.

Lo cierto es que desde el principio estaba seguro de que podríamos vencer a ese obstáculo

sin gran dificultad. Como era de esperar, me las arreglé para hacer escapadas y buscar su encuentro.

Supe ingeniármelas para conseguir rápidamente el dinero necesario, y también pude gestionar mis

obligaciones para pasar unos pocos días junto a ella. Sufrir unas cuantas semanas duras haciendo

diez o doce horas entre trabajo y estudio por estar con Emma unos pocos días valía la pena de sobra.

También pudimos vernos durante las fiestas porque Emma solía volver a casa de sus padres y

desestresarse un poco de sus clases. Vino por Navidades y, pese a su rol de chica ocupada, pude

estar con ella varios días completos y disfruté mucho. Fueron de esos días que recuerdas para

siempre, porque desde que te levantas hasta que te acuestas estás con la persona a la que amas. De

hecho, recuerdo perfectamente todos y cada uno de esos días. Adoro levantarme con el calor de la

luz que entra en la habitación evadiendo las cortinas. Pero adoro aún más mirar al techo y darme

cuenta de que no es el mío. Otear a mi alrededor y encontrar que duermo rodeado por dos brazos que

no son míos. Y entonces contemplarla. Sus labios, suaves, como gelatina. Y su pelo, lo único que sé

que puedo acariciar sin miedo a que despierte. Porque no quiero despertarla, aún me quedan cosas

por hacer. Pero me paro un minuto más a mirarla. Cuando duerme es la mujer más bella que existe, o

eso me parece a mí. Contemplo su cuerpo entero y veo sus pies descalzos entrelazados en la sábana.

Y me encanta. Entonces me levanto, con cuidado de no moverme mucho, avanzo hasta la puerta de

puntillas intentando hacer el mínimo ruido posible. Entonces salgo del cuarto, cierro para que no oiga

nada, y cuando entro en la cocina vuelvo a cerrar otra puerta. Rezo para que no se despierte aún.

Veinte minutos después abro el armario que tengo abajo, a mi derecha, y cojo una bandeja para

llevarle lo que he preparado para desayunar: una taza de chocolate caliente y un plato repleto de

crêpes cubiertos con miel y nata, como a ella le gustan. Cuando abro la puerta del cuarto para dejar

la bandeja sobre la mesilla aún sigue dormida. Sonrío, y de nuevo doy pasos de puntillas para no

despertarla, coloco la bandeja con cuidado y me retiro. Pero antes de salir oigo su respiración más

fuerte, y el colchón se mueve. Se ha despertado. Me doy la vuelta y me mira con una sonrisa

soñolienta. Me siento feliz. Pero aún no ha visto su desayuno. Comienza a mirar a su alrededor, y

finalmente lo hace. Abre la boca sorprendida y se lleva una mano a la frente mientras que la otra la

ayuda a mantenerse erguida.

—Increíble —me dice mientras yo disfruto contemplando uno de los momentos más felices de

mi vida.

Solo tuve un amanecer como ese durante aquella Navidad, pero confieso que fue una

experiencia tan intensa y repleta de emociones tan maravillosas que no necesité más. En poco más de

una semana volvió a Madrid y estuvimos sin vernos prácticamente dos meses hasta que hice una

escapada un fin de semana para estar con ella. Me sentía la persona más afortunada del mundo al

saber que Emma dejaba de lado todas sus responsabilidades y a todos sus amigos para venirse

conmigo. El tiempo con ella parecía durar minutos, o tal vez segundos, en vez de días. Era una

inevitable cuenta atrás. Luego llegó Semana Santa, y volvió a casa de sus padres, aunque esta vez no

pude verla tanto como en Navidad. No pude dormir con ella ningún día esta vez.

Cuando terminó el curso, Emma se jactó de que había sacado tantas matrículas de honor como

años cargaba a su espalda, y tras mucho reflexionar, decidió quedarse en la misma universidad en

que había estudiado para trabajar como becaria hasta que por fin se doctorase. Yo, en cambio, con

notas mucho más mediocres, no conseguí trabajo ni ocupación cerca de ella, pero no me rendí.

Me marché a vivir a la misma ciudad que ella, aún sabiendo que tendría dinero para

quedarme apenas unos meses, y sin trabajo cercano aparente. Con la ayuda que me ofrecía internet,

trabajé mucho y muy duro por mi propia cuenta en unas cuantas investigaciones no muy reveladoras,

pero interesantes. Con ayuda de los consejos de algunos de mis antiguos profesores de facultad, que

con el paso de los años se convirtieron en buenos amigos, publiqué varios artículos científicos en

revistas de renombre. Gracias a eso, conseguí que me dejaran hacer una exposición en la facultad de

física de la universidad en la que trabajaba Emma. Por suerte, conseguí llamar tanto la atención de

los espectadores que finalmente conseguí un puesto de becario. A partir de ahí, todo fue sobre

ruedas. Cuando no estaba en la facultad trabajando, mi tiempo se dividía en dos: cuando estaba con

Emma y cuando no lo estaba. Aprovechaba mi tiempo libre en trabajar por mi cuenta para aumentar

mi currículum y que me fuera más fácil conseguir puesto fijo. Mi carrera profesional no era una

prioridad, pero si no tenía nada mejor que hacer no estaba demás buscar un ascenso.

Respecto a la relación con Emma todo iba bien. Decidimos que aún no era el momento de

irnos a vivir juntos. Creo que incluso aunque Emma hubiese preferido convivir conmigo yo habría

preferido no agobiarla, tal vez fuera un paso demasiado importante como para darlo tan pronto. Ella

era la mujer de mi vida, ya lo sabía, pero no quería que un paso en falso destrozara lo que habíamos

llegado a tener. Aún así, vivir en la misma ciudad se convirtió en una bendición. No nos veíamos a

diario, pero disfrutábamos de mucho tiempo juntos, y aún ahora sigo recordando con una grata

sonrisa cada minuto que pasé con ella.

Con el paso de los meses todo siguió de maravilla. De becario pasé a ayudante de laboratorio

y mis conocimientos comenzaron a ser necesarios en la facultad. Conseguí labrarme un nombre con

gran esfuerzo, y tantas horas comenzaron a verse recompensadas. Era como si estuviera viviendo un

sueño.

Llegó un nuevo verano, y con él aprovechamos para irnos de vacaciones juntos. Yo no llegaba

a las seis cifras en los números de mi cuenta bancaria, pero sí cinco, y con eso teníamos para viajar a

prácticamente donde quisiéramos. Fuimos a los lugares con los que
soñábamos viajar, maravillosos

paisajes naturales en el norte de Europa, inmensos bosques helados que nos
tintaban las yemas de los

dedos de azul. También visitamos los océanos de arena que en algún tiempo
albergaron gran vida, y

ahora sus habitantes se llenaban los bolsillos gracias al petróleo, y construían
sorprendentes

ciudades con la mayor tecnología.

Los cruceros por el Mediterráneo también fueron una buena opción.
Embarcamos en uno

llamado *Vista Alegre*, que comenzó su travesía en Barcelona y pasó por
magníficas ciudades como

Marsella, Nápoles o Civitavecchia —casi un trabalenguas—, hasta regresar a
Barcelona. Supongo

que al recordar que unos años atrás Emma había tenido su momento Titanic, yo
también quería tener

el mío.

Adoro la sensación de libertad que te otorga un horizonte infinito. Miras
adelante y no hay

más que mar, pero el motor del barco te lleva rumbo hacia esa eternidad. Y
entonces, cuando te das

cuenta, llevas tanto tiempo mirando que la claridad comienza a desvanecerse.
Y tienes un horizonte

púrpura por delante, pero a tu espalda es totalmente distinto. Un sol tintado de
naranja ilumina las

pocas nubes que tiene a su alrededor y las hace brillar. Solo oyes el sonido del agua chocando contra

el casco. Solo sientes la brisa marina. Y entonces la miras a ella, te das cuenta de que no estás

viviendo ese momento solo. Mucha gente cree en la importancia de vivir instantes espectaculares,

pero yo creo que esa importancia reside en la gente con la que estás. Y Emma estaba allí.

Y entonces llega la noche. Ahí es cuando termina de llegar la magia, porque con el paso de

los minutos, como si alguien estuviera dibujando el mismísimo cielo en aquel preciso instante,

comienzan a aparecer las estrellas.

Los besos a la luz de las estrellas son mucho más intensos. De pronto, todo se vuelve

insignificante. Todo menos ella. Nunca he sido capaz de articular palabra en instantes así, de hecho,

soy un hombre de pocas palabras.

—Te quiero —le dije aquella noche.

Lejos de asustarse, abrió los ojos y sonrió.

—Te quiero —respondió.

—¿Y tú pretendes que nos creamos que eres un hombre de pocas palabras? —preguntó Will

levantado la ceja.

—Bueno...

—De todas formas, Rick —interrumpió de nuevo antes de que yo pudiera intentar excusarme

—. Esa no es precisamente la parte que quiero oír, lo sabes muy bien. Esas mariconadas para doña

Carmen María o para la señorita Eva, pero tienes que ir terminando la historieta, amigo, que se nos

acaba el tiempo.

—Oiga, que es una historia muy bonita —dijo doña Carmen María en mi defensa.

—Matices, Will, matices —contesté riendo.

—Que sí, que era la mujer de tu vida, bla, bla, bla. ¿Y qué más? ¿Qué pasó entonces? ¿Por

qué ella no está aquí?

Ciertamente yo sabía que eso era lo que Will quería oír, y a decir verdad, me estaba

quedando sin matices. A partir del cruce las cosas no fueron a mejor, ni mucho menos. Miré a doña

Carmen María y a la señorita Eva en busca de aprobación para contar aquella parte dolorosa. Por sus

miradas, deduje que también querían oírlo. Así que me dispuse a contarlo.

—Poco después de aquello nos fuimos a vivir juntos. Ella era el amor de mi vida, como dice

Will, y supongo que yo era el suyo. Pero pronto llegó la mala suerte.

Sí, recuerdo perfectamente aquel día. Me levanté preocupado por Emma, la encontré en el

comedor con los ojos llorosos después de una noche muy extraña.

—¿Es algo que debería saber? —pregunté para no invadir su espacio.

—Tengo que contártelo... pero no sé cómo.

La noticia tenía que ver conmigo, si no, sabría cómo contármela.

—¿Es grave?

—Mucho.

—Empieza por el principio, si quieres.

—El otro día fui a hacerme unas pruebas al hospital.

Me asusté. Cuando dijo la palabra hospital me asusté como nunca en mi vida. Temí lo peor.

—Me han detectado algo. Me han dicho que afecta al sistema motor, algo que ver con

neuronas. Dicen que iré perdiendo capacidad para mover algunos músculos con el tiempo.

—No parece tan grave —respiré aliviado.

—Se llama Esclerosis Lateral Amiotrófica.

—El nombre asusta, desde luego. Pero no te preocupes, sabes que no te voy a dejar sola y

que voy a cuidarte siempre, pase lo que pase.

Yo sabía que no le gustaba oír eso porque hacía que se sintiera débil. Supongo que a mí

tampoco me gustaría que me cuidaran siempre, pero con una enfermedad las cosas son distintas. Solo

quería que supiera que no la dejaría jamás, ocurriera lo que ocurriese. Yo la amaba, una enfermedad

no sería un obstáculo.

—La cuestión es que no será solo perder fuerza. Dicen que afectará a los músculos de la

respiración.

De repente, sentí como si me quedara totalmente paralizado. ¿Músculos de la respiración?

Esperé que no fuera lo que se me pasó por la cabeza.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté, atemorizado.

—Que no podré respirar por mí misma.

Emma se derrumbó en ese instante. Lloró, como jamás la había visto llorar antes.

—Quieres decir lo que creo que quieres decir... —dije, casi esperando su confirmación.

—Al parecer hace poco que se ha empezado a desarrollar la enfermedad, pero no tiene cura.

Y eso... sí. Significa que con el tiempo...

—Cuánto —interrumpí rápidamente. Una parte de mí no quería que concluyera la frase, pero

necesitaba saberlo

—Nunca se sabe, pero entre uno y cuatro años.

No podía aceptar la idea de que Emma pudiera tener una enfermedad terminal.
¿Cómo podría

haber pasado? Tan joven, tanto por vivir aún... Aunque aún había tiempo. Tal vez podría conseguir

encontrar la cura, tal vez aún podría tener tiempo para salvarla.

Aún podíamos luchar.

9.

Tras oír su noticia, nos pusimos en marcha. Pedí consejo a muchos conocidos con intención

de informarme un poco más sobre la enfermedad, creo que intentando engañarme para no aceptar el

diagnóstico. Pronto las visitas a especialistas y los síntomas de Emma me hicieron cambiar la

perspectiva. Comencé a leer artículos científicos de la Esclerosis Lateral, y finalmente tomé una

nueva decisión, algo muy típico en una persona como yo. Tengo la convicción de que la mayor parte

de la gente ve únicamente dos opciones ante una situación como la que yo tenía frente a mí: superar

aquello que le hace sufrir, o hundirse. Ambas me parecían un error. ¿Cómo iba a intentar superar la

muerte de mi esposa? Pero yo veía una tercera opción, porque, desde siempre, he creído que una

persona es capaz de hacer absolutamente cualquier cosa si se esfuerza lo suficiente. Esa fue mi

decisión.

Pasé varios meses de mi vida imbuido de libros de medicina, cualquiera que tuviera que ver

mínimamente con la Esclerosis Lateral me bastaba. En mi campo, la física, había demostrado tener

una buena capacidad para la investigación, pero no tenía la más remota idea de medicina. No

obstante, eso no era un problema, pues cuatro años de universidad sirven para obtener un título, pero

en cambio, el conocimiento siempre está disponible mientras tengas una buena biblioteca. Así lo

hice, en pocos meses me esforcé con toda mi alma para convertirme en ese experto capaz de ayudar

en la cura de la maldita Esclerosis Lateral.

Al principio ella lo entendió. Aquella decisión era una característica de mí que conocía muy

bien. Pero con el tiempo nos fuimos alejando sin que yo me diera cuenta.

—Rick, ¿estás bien? —me preguntó un día que llegué a casa a las dos de la mañana.

—Sí.

Evidentemente, las colosales ojeras de mi rostro mostraban que no era cierto.

—Sé que quieres curarme con todas tus fuerzas.

Supe lo que quería decirme, y no quise oírlo.

—Y lo haré, te lo prometo.

—No quiero que me cures —dijo seria. Sus ojos se tornaron más rojizos, advertí el brillo de

sus lágrimas.

—¿Cómo? —pregunté anonadado—. ¿No quieres vivir una vida completa conmigo? ¿Con tu

familia?

—Claro que sí. Sabes que sí. Y es lo que haré, Rick. Hablas de que no puedo tener una vida

completa por la enfermedad, pero no es cierto. Estará completa si tú estás conmigo, viva el tiempo

que viva. No puedes luchar contra el destino.

—¿Destino? ¿Dices que el destino quiere matarte?

—Puede que sí, y nos toca aceptarlo.

—Tenemos creencias distintas, pero no puedes pedirme que acepte un destino en el que no

estemos juntos. El destino lo creamos nosotros. Las enfermedades las curamos nosotros.

—No puedes hacer nada si mi enfermedad ya estaba escrita. Lo siento, Rick. Es mi

enfermedad. Es mi decisión.

—No me apartes de eso, a mí también me afecta, también tengo derecho a decidir.

—Lo tienes, pero no te mereces ese sufrimiento.

—El sufrimiento no es nada si tú estás conmigo, pero si te pierdo sí que va a

resultar

insostenible. — Supe en aquel momento que ya no me dejaría seguir intentándolo. O al menos no

tendría su aprobación. En realidad, lo supe desde el principio.

—Es el momento para que empieces a aceptarlo, Rick. No queda otra. Pero aún tenemos

tiempo para disfrutar, viajar, conocer lugares nuevos, conocer gente, visitar a mi familia, a la tuya,

disfrutar de nuestros viejos amigos. Quiero hacer todo eso junto a ti, pero si te quedas encerrado en

una biblioteca todos los días hasta las dos de la mañana no podremos hacerlo.

—Lo hago para que puedas hacer todo eso que has dicho durante el resto de tu vida.

—¡El resto de mi vida es un año! ¿Es que no lo ves? Soy joven, pero he tenido una vida

maravillosa y aún me queda mucho por vivir.

—Pero quiero que vivas mucho más. Te mereces vivir mucho más.

—Eso no puedes decidirlo tú. Ojalá pudieras. Eres un buen hombre, tienes muchísimo talento

y puedes conseguir lo que quieras, siempre lo has hecho. Pero si sigues haciendo esto pondrás una

barrera frente a ti que te frenará durante toda tu vida. Y tú puedes dar mucho más. A ti mismo, a

todos.

—Sabes que sí podría conseguirlo, si me dejas intentarlo.

—Pues no te dejaré —concluyó. Esta vez sus lágrimas ya inundaban su rostro, pero su voz

seguía impertérrita.

Emma me estaba pidiendo algo que yo sabía que no podía hacer. ¿Cómo podría aceptar que el

destino iba a llevarse a la persona a la que más había amado en toda mi vida? No puedo dejar mi

suerte en manos del azar. Yo soy quien decide mi propia suerte, es lo que me define. Si algo sale mal,

lo arreglas. Si no tienes la oportunidad de conseguir lo que quieres, la creas. Si el destino te impone

un castigo, levántate y no te dejes engañar, porque tú eres el único dueño de tu destino.

Aquella conversación significó un antes y un después. Entonces, Emma volvió a casa de sus

padres durante unos meses y yo seguí trabajando en buscar una cura. Sin resultados, como era de

esperar. En tan poco tiempo no podía alcanzar el conocimiento que cientos o miles de especialistas

habían logrado conseguir durante tal vez décadas de investigación, y menos aún podría descubrir

algo que supusiera una revelación para la cura de la enfermedad.

Era cada vez más duro para mí enfrentarme al día a día si no estaba ella, y aún más cuando

me levantaba a las siete de la mañana para acudir a la biblioteca y me quedaba trabajando hasta la

noche. Y así todos los días. No había descansos, no había vacaciones, no había domingos. «Si

quieres conseguir algo tienes que luchar con todas tus fuerzas», me decía. Perdí peso, me alejé de los

pocos amigos que tenía, mi salud se volvió más frágil, pero nada de aquello importaba porque yo

estaba haciendo lo correcto. En tanto tiempo, jamás me planteé la posibilidad de estar equivocado.

No fue hasta el mes siguiente cuando sus padres me llamaron porque Emma había tenido una

crisis respiratoria. Estaba ingresada en el hospital, y ya no había peligro alguno, le darían el alta en

poco tiempo y todo volvería a la normalidad. Al menos eso sería durante unas semanas, tal vez unos

meses. Finalmente volvería a tener otra crisis, y luego otra, hasta que en una de ellas su estado fuera

tan vulnerable que ya no se recuperaría jamás.

Dejé apartada mi investigación sobre la enfermedad y cogí el primer avión que pude para

verla. Cuando llegué, Emma aún estaba en el hospital. Verla con el respiradero y los tubos que

envolvían su cuerpo me hizo sentir la persona más horrible del mundo. Hacía tres meses que se había

ido y yo apenas la había llamado. Visto desde fuera supongo que cualquiera

pensaría que la

abandoné, pero para mí era todo lo contrario. Ella era mi vida, y solo intentaba protegerla, aunque

eso me hiciera sufrir y parecer una horrible persona. No me importaba, si ella se recuperaba.

Aceptaría con gusto, incluso, que después de aquello rechazara volver a estar juntos. Pero tenía que

salvarla.

—Hola —dije tras entrar por la puerta.

Estaban allí sus padres y su hermano, y ella casi sonrió cuando me vio. Ya parecía

recuperada.

—Hola. —contestó ella mirándome a los ojos. Supongo que me conocía lo suficiente como

para saber que mis ojeras y los diez kilos que había perdido eran porque había estado trabajando a

más no poder. Su familia me miró con aire despectivo, pero ninguno quiso decir nada —¿Qué tal

estás? —me preguntó Emma, como un amigo que se encuentra a otro por la calle.

—Estoy bien, cansado —respondí.

—¿Nos disculpáis? —pidió ella a su familia.

De mala gana, su hermano salió primero por la puerta, luego su padre y por último su madre.

Todos ellos me miraron con asco antes de salir.

—Has estado trabajando todo el tiempo, supongo.

—A media jornada, sí. De ocho a ocho —bromeé. Ella rió. Noté un cierto alivio en mi pecho

—. No he descansado ningún día y dejé el trabajo en la universidad.

—No ha servido para nada —dijo con un tono un tanto dubitativo, como si esperara que le

contestara a esa pregunta.

—Sé mucho, y...

—No ha servido para nada —concluyó interrumpiéndome.

Afirmé con la cabeza, decepcionado conmigo mismo.

—Parece que me odian —añadí haciendo un gesto para señalar a su familia, medio en broma.

—Un poco. Eres algo extraño, pero se te coge cariño cuando te acostumbras —bromeó—.

Bueno, se les pasará, creen que te has olvidado de mí los últimos meses. Ellos no lo comprenden.

—¿Tú sí? —pregunté un tanto confuso.

—Te comprendo, pero no deberías hacerlo. Yo también te necesito, ¿sabes? Necesito algo de

fuerza para afrontar esto porque no soy de piedra, por eso tuve que irme. Necesitaba a alguien que

estuviera conmigo y me apoyara.

Supongo que fui tan testarudo que acabé haciendo daño a la persona que amaba. No me di

cuenta de que la decisión la tenía ella, no era yo quien debía elegir. Emma contaba conmigo y le

fallé, fui egoísta. Fue aquel día cuando lo supe y, desde entonces, todo cambió.

—Todos sabíamos que eras testarudo —interrumpió Will—. Lo habíamos notado ya.

Doña Carmen María soltó una risita, y la señorita Eva me miraba fijamente como si estuviera

viendo un fantasma.

—Tiene usted una bonita historia, Rick —dijo doña Carmen María.

—Otra cosa no, pero bonita sí que es. Y eso que no ha oído el final, doña Carmen. Quédese

usted con lo que le digo, le sorprenderá. Aún queda lo mejor.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Will— No creí que pudiera mejorar. Es una cursilada como

pocas, pero es entretenida. Te voy conociendo cada vez más, amigo.

—De poco te servirá, me parece a mí.

—¿Puedo abrazarle, Rick? —me pidió la señorita Eva repentinamente. Cuando me di cuenta

la enfermera tenía los ojos llorosos.

—Faltaría más, pero piense usted que no soy tan viejo como parezco y aún ando en activo.

No se me roce usted demasiado, señorita Eva, que me delato aquí mismo y no

quiero quedar mal.

—Es usted un ángel, señor Brawn —concluyó ella—. No intente parecer usted tan duro, que

es un pedazo de pan.

—Rick, ya quisieras tú que eso te funcionara tan bien. Que tenemos más de ochenta años, eso

sin pastillas ni se inmuta.

—Habla por ti, Will. Ya sabemos por qué el señor Soul pasa tanto tiempo aquí —dije riendo

mientras miraba a las dos mujeres del cuarto—. De otra forma parece que no puede disfrutar como es

debido.

Bromas a un lado, la señorita Eva se abalanzó sobre mí y me abrazó con fuerza. Me resultó un

poco extraño, porque tenía tantos tubos recorriendo mi cuerpo que apenas pude moverme y

devolverle el abrazo, pero lo cierto es que lo disfruté mucho. Lo que más necesita una persona a

pocos días de morir es sentir cariño de verdad.

Dejé de contar la historia aquella tarde, para continuar al día siguiente. Will vendría a verme,

la señorita Eva tenía el descanso después de comer y doña Carmen María... Se podría decir que

vivía conmigo.

—Tengo mucha curiosidad por su historia, señor Brawn —me dijo doña Carmen cuando

rondaban las diez de la noche, tras haber terminado de cenar. Estábamos solos.

—Supongo que es normal —contesté simplemente por decir algo—. ¿Y qué hay de usted? Se

la ve una mujer inteligente y madura. Eso requiere experiencias, imagino.

—Usted y yo somos muy diferentes.

—¿Por qué lo dice?

—Usted jamás se rinde. Lucha por todo aquello que quiere, y no deja de hacerlo nunca. Si

ama a una mujer, hace lo que sea por estar con ella, si se enfrenta a una enfermedad terminal, no deja

que el destino le venza y sigue intentando curarla, sabiendo que no es usted el adecuado. De alguna

forma le envidio, señor Brawn.

Quedé atónito con sus palabras, pero seguí esperando a que me contara.

—Es usted valiente. Yo soy un cobarde —continuó para finalizar.

—No me diga usted eso, doña Carmen, porque no me lo creo. Oiga usted, que yo no me

equivoco cuando veo a una mujer. Y usted de cobarde tiene poco. Además, habría que ver qué es la

cobardía, porque que yo sepa todo depende del punto de vista. Mire, por ejemplo, yo me esfuerzo

tanto por conseguir lo que quiero porque no puedo vivir sin ello. Intentar

salvar a Emma de las garras

de la muerte fue un acto de cobardía absoluta. Yo no podía vivir sin ella, me aterrorizaba la idea, y el

miedo me manejó a placer.

—No creo. —Pero no dijo más que eso.

—Ande, dígame por qué piensa que es una cobarde. Bastante sabe usted de mí, creo que

ahora me toca saber a mí de usted.

—Tengo dos hijos, señor Brawn. El pequeño ya tiene treinta y seis años y, desde luego, ya no

me necesitan. Es por eso que no los ha visto. Ahora ya soy una carga para ellos.

Quise preguntarle por el padre de las criaturas, pero esperé unos segundos inmerso en el

silencio hasta que continuó por sí misma.

—Me casé joven con un hombre apuesto, de buena familia, atento, buena persona. Era el

hombre que cualquier doncella querría para sí. Digamos que yo estaba viviendo un sueño con él,

pero el tiempo cambia las cosas y mucho más a las personas. Cuando me di cuenta estaba

embarazada de mi segundo hijo y vivía bajo el terror de la dictadura que aquel hombre había

mantenido en nuestro supuesto hogar. Ya estábamos casados, todo parecía normal, pero no lo era en

absoluto. Crié a mis hijos lo mejor que pude y los protegí de aquel demonio, y puedo decir que tuve

suerte porque conseguí que jamás les tocara un pelo. Aguanté su violencia años y años, aguanté por

mis hijos hasta que no pude más, y cuando no pude más también seguí aguantando. Pasó tanto tiempo

que mi marido tuvo un accidente antes de que yo fuera capaz de huir de aquella vida. Estuvo en coma

durante dos años y finalmente desconectaron la respiración artificial.

Volví a contemplar el brillo de las lágrimas en sus ojos.

Supongo que al lado de la dolorosa vida de doña Carmen María, la mía parecía un cuento de

hadas. No consigo imaginar el sufrimiento de proteger a tus hijos durante décadas de alguien que te

maltrata, vivir con el miedo a diario y en tu propia casa. Realmente no consigo imaginarlo.

—Ya me lo ha contado, doña Carmen, y déjeme decirle que es usted más valiente de lo que

yo lo he sido en toda mi vida. Ha sacrificado usted su propia felicidad por la de sus hijos pese a que

nadie se lo agradecería jamás. Fue la madre que el mejor hijo del mundo merecería.

—Pude haberlo hecho mejor. Ahora lo sé —respondió.

—No lo entiende usted bien, me parece a mí. No es el resultado de lo que ocurrió, sino el por

qué hizo lo que hizo. Aguantó para proteger a sus hijos, y aguantó mucho más de lo que se creía capaz

de soportar. Eso es valentía, doña Carmen.

—Es usted adorable, Richard Brawn. Cuán afortunada debió sentirse su Emma cuando se dio

cuenta del trozo de pan que es usted.

—La más afortunada del mundo, como mínimo —añadí en tono prepotente para bromear—. Y

hágame caso cuando le digo, doña Carmen, que yo hoy día no estoy en condiciones, pero no me vio

usted cuando tenía veinte años. Que era yo un rompecorazones, oiga.

—No lo dudo —repitió ella varias veces mientras me sonreía con los ojos entrecerrados—.

Pero le digo que yo también estaba de muy buen ver. Seguro que si llego a aparecer yo en su vida

cuando era joven, usted aparta a su Emma a un lado.

Reí a carcajadas. Desde luego que no lo tomé en serio, pero por un momento imaginé a doña

Carmen con cincuenta años menos, con un cabello largo, moreno y liso y aquella característica

sonrisa suya en un rostro juvenil. No pude evitar imaginarla con una belleza sobrecogedora.

—Y ya que andamos con confesiones, doña Carmen, ¿qué hace usted aquí?

—Pruebas rutinarias de anciana, a decir verdad. Bueno, de señora mayor, como le gusta decir

a las de mi quinta.

No me lo creí, pero si no quería contármelo era decisión suya.

Tras aquella reveladora conversación nos echamos a dormir, pero al día siguiente no me

desperté. No me había muerto, aún, pero al parecer mi corazón estaba demasiado débil y tuve una

crisis que me dejó en coma. No fue suficiente para acabar conmigo, la verdad es que soy un tipo

duro, pero cuando desperté el miércoles con un cansancio como nunca había sentido supe que tenía

que darme prisa en terminar de contar la historia. Dificilmente llegaría a ver una nueva semana en

aquellas condiciones.

—Se te ve mejor que ayer —me dijo Will al llegar a la habitación.

—Ayer estaba en coma —rememoré.

—Pues por eso —contestó—. Así que empieza a contar y termina cuanto antes porque a este

paso...

—Tranquilo —interrumpí—, la terminaré a tiempo.

10.

Por aquel entonces yo tenía veintisiete primaveras, igual que Emma. Hacía un año y un mes

que le habían diagnosticado la Esclerosis Lateral Amiotrófica y estábamos viviendo en casa de sus

padres para que todos pudieran disfrutar de su compañía mientras pudieran.

Emma no se encontraba demasiado bien, la enfermedad se había desarrollado con relativa

rapidez —aunque podía haber sido mucho peor, yo lo sabía—, pero aún podía respirar por sí misma

sin demasiada dificultad, aunque el esfuerzo de moverse incluso para andar le resultaba muy

laborioso. No era raro que tuviera alguna que otra caída de vez en cuando, pero con el tiempo ya no

podíamos dejarla ir a hacer la compra, tampoco cocinar para que no pasara tanto tiempo de pie... Y

mucho menos la dejábamos sola. Aún así, no dejó de sonreír ni un solo día. Eso era lo que más

envidiaba de ella, porque pese a que no era yo quien estaba enfermo, tenía días en los que

difícilmente conseguía ser fuerte para ella. Sentía que me sería imposible hacer frente al futuro

cercano.

—Al grano, Rick —interrumpió Will justo cuando iba a contar probablemente lo más

importante de la historia.

Un día me levanté por la mañana y encontré a Emma vomitando en el baño. Había pasado

casi medio año estudiando la Esclerosis Lateral. En ningún caso aquello podía ser un síntoma.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Will estupefacto.

—Así es —dije yo, casi con orgullo. Aunque no todo fueron gratos recuerdos.

—¿Tuvisteis...? —intentó preguntar la señorita Eva levantándose de la silla. Entonces fue

cuando se dio cuenta y encajó las piezas del puzle, y se volvió a sentar.

—Emma estaba embarazada —concluí para que doña Carmen pudiera entenderlo también.

—Madre del amor hermoso, Rick, eso no lo esperaba —continuó Will con su expresión de

extrema sorpresa—. ¿Y pudisteis tenerlo antes de que Emma visitara a los angelitos del cielo?

—Qué fino es usted, señor Soul —añadió doña Carmen María mirándolo fijamente.

Cuando supimos que Emma estaba embarazada, al principio, quedamos atónitos. ¿Acaso

podía ocurrir que una mujer que pierde fuerzas a cada día que pasa se quedara embarazada? Era algo

que de ninguna forma se nos había ocurrido a ninguno de los dos, pero ahí estaba. El positivo del test

de embarazo fue inequívoco tras varias comprobaciones, y pronto nos pusimos en manos de médicos.

Como era obvio, la dificultad de supervivencia de aquel niño sería mucho mayor que la de cualquier

otro, pues incluso Emma había perdido capacidad pulmonar en el tiempo que llevaba diagnosticada

la enfermedad. Y desde luego, se nos presentaban también otros inconvenientes, como el obstáculo

del movimiento. Para una mujer sana un embarazo ya ponía a prueba su físico, llevando sus músculos

hasta el límite, pero el esfuerzo de Emma sería mucho mayor. Fácilmente podría tener caídas camino

al baño, al comedor, o al mismo cuarto. Siempre estaríamos su familia y yo para ayudarla, pero los

accidentes ocurren.

Desde mucho antes de nacer, ese niño tenía un muro delante que le impedía sobrevivir. Pero

ignorando las dificultades que eso suponía, ambos confiamos en que podría conseguirlo.

Los primeros meses fueron normales, con el consiguiente deterioro de las fuerzas de Emma,

pero no había grandes signos del embarazo. Eso fue hasta cumplidas las trece o catorce semanas, en

que las dificultades físicas comenzaron a aparecer, y todo lo que pudimos hacer fue ingresarla en el

hospital hasta que diera a luz. No había mejor solución que aquella. Era lo más consecuente si

queríamos que el niño sobreviviera.

Pese a todo y como nos tenía acostumbrados, Emma se enfrentó al que creía su duro destino

con una sonrisa. De nuevo, la envidié. Aún ahora no imagino lo que debió suponer para ella todo eso

en tan poco tiempo. El futuro por el que había luchado durante toda su vida había durado poco más

de un mísero año de trabajo. Aunque su sonrisa seguía impoluta. No había mal que pudiera acabar

con ella.

Por supuesto, prácticamente me quedé a vivir en el hospital. Bien es cierto que no me dejaban

dormir allí —los primeros días sí, en una silla, claro, pero al final tuvieron que echarme casi a

patadas—, así que intentaba pasar con ella todo el tiempo que estuviera despierta, en cuanto dormía

yo volvía a casa para descansar un poco, y al levantarme ponía rumbo al hospital de nuevo. El dinero

no era problema, puesto que seguía recibiendo algunos pequeños ingresos de mis publicaciones y

dormía en casa de mis padres.

Un mes después de ser ingresada en el hospital casi me suplicó que le llevara todos los libros

de la biblioteca que tenía en casa. Aunque yo estaba con ella prácticamente todo el tiempo y su

familia iba a visitarla casi a diario también, el aburrimiento sigue siendo infinito cuando pasas

veinticuatro horas al día en una cama sin poder levantarte. Así que obedecí sin rechistar y volví a

nuestro piso en Madrid para recoger algunos de esos libros. El resto de ellos estaban en casa de sus

padres. En cuanto los tuve todos en mi mano fui llevándoselos poco a poco.

Y de la misma forma que los iba llevando al hospital también los devolvía a la pequeña

biblioteca que tenía en casa de sus padres.

Así fueron pasando los meses. De vez en cuando se la llevaban unas cuantas horas para

hacerle algunas pruebas y tener controlado tanto el embarazo como la enfermedad. Tomaba una

medicación para evitar los espasmos que podía producirle, pero lo más grave era la debilidad

muscular generalizada, y eso no podía curarse de ninguna forma.

Pronto llegaron los ocho meses del embarazo y nos acercábamos al punto de riesgo máximo.

A decir verdad, yo ya me sentía contento por haber superado todas las dificultades que habíamos

tenido. Aunque el estado de Emma iba empeorando cada vez más y me temía que pronto llegaría el

momento.

—Necesito que me hagas una promesa —dijo Emma de repente una mañana en el hospital.

Me sobresaltó, porque estaba medio dormido. El cansancio había sido un gran enemigo aquellos

últimos días, la tensión de acercarnos al momento me impedía dormir correctamente.

Yo asentí, temiendo que pudiera ser algo que no me gustase. Pero era mi deber

asentir.

—Necesito que te lleves estos libros y los guardes en mi biblioteca por orden alfabético. Usa

un estante entero para ellos. La de arriba estará bien.

No entendí por qué, pero era una tarea sencilla.

—Así lo haré. ¿Quieres contarme...? —intenté decir.

—Ya sabrás por qué te lo estoy pidiendo —me interrumpió ella rápidamente.

Inmediatamente me señaló seis libros que tenía encima de la mesilla que había a su lado, y

aquella misma noche los llevé a la biblioteca que tenía en el cuarto de la casa de sus padres. Los

dejé en el estante de arriba, como ella había sugerido, y ordenados por orden alfabético. En

condiciones normales aquello habría despertado mi curiosidad... Pero mi mente atolondrada por la

situación había erradicado cualquier tipo de curiosidad.

Al día siguiente uno de los médicos que seguía el embarazo de Emma vino a visitarnos. La

llegada de alguien importante a la habitación de un hospital siempre te altera, aunque sea un poco.

Nunca sabes si lo que vienen son buenas o malas noticias.

—Es probable que el parto sea prematuro, debido a su enfermedad—dijo el médico.

Mis conocimientos de la Esclerosis Lateral Amiotrófica eran insuperables,

pero de medicina

general andaba un poco escaso. Afirmé con la cabeza.

—Doctor —dijo Emma cuando el médico estaba a punto de salir del cuarto—, no he querido

preguntarle esto por miedo, pero... ¿es posible que el bebé contraiga la misma enfermedad que yo?

Eso era algo que también le había podido responder yo, pero no quise intervenir.

—Según tengo entendido no ha habido casos en su familia, ¿verdad? —preguntó.

Emma movió la cabeza a ambos lados.

—Entonces probablemente no. No puedo asegurárselo, ni yo ni nadie, pero no lo creo.

Creo que el hecho de que un médico le dijera a Emma que el bebé no tenía por qué contraer

la enfermedad la tranquilizó muchísimo. Aún no sabíamos si iba a sobrevivir, dadas las muchas

veces que nos habían advertido que era una posibilidad, pero también podía salir todo bien. Y

cuando algo sale bien quieres que salga lo mejor posible.

Y llegó el parto. Fue exageradamente largo, o al menos a mí me lo pareció —por supuesto,

estuve presente durante las treinta y cinco horas junto a Emma en todo momento—. Estuve a punto de

desmayarme varias veces mientras estaba sumido en la observación de tan

desagradable proceso

médico. La sangre, la luz, la amalgama de gente y sobre todo los gritos de Emma hicieron que lo

pasara bastante mal aquellos días, pero cuando nació y vi cómo lloraba el bebé sentí que había algo

mucho más importante en nuestras vidas que nosotros mismos. Fue como un resurgir, una nueva

esperanza nacida del amor que habíamos compartido juntos. Ella no viviría para disfrutar de la

alegría de su único hijo más que un par de meses o tal vez un año. Es por eso que Cristian era tan

importante, tan especial.

Él era el legado de Emma.

Cuando nos quisimos dar cuenta, Emma y yo estábamos en casa de sus padres con una cuna a

nuestro lado y un bebé.

No podía imaginar entonces todo lo que debía sentir ella en tan poco tiempo.

¿Qué madre no desearía ver crecer a su hijo? Ahí estaba Cristian, acostado en su cuna,

sonriendo con la boca abierta y pataleando, con las manos intentando agarrar a su madre, que se

encontraba mirándole desde arriba. Ella no movía el más mínimo músculo, yo la veía como si

estuviera paralizada, apoyada en la madera, pero estaba seguro de que en lo más profundo de su ser

estaba sintiéndose tan feliz y al mismo tiempo tan triste que se había quedado bloqueada mirando los

grandes ojos grises del bebé. Sabía que en ese momento sus músculos ya debían estar casi al borde

del colapso, pero le daba igual. Su testarudez era superior a los límites de su cuerpo.

Cuánto habría deseado yo poder darle una vida a mi princesa lo suficientemente larga y plena

como para ver crecer a su hijo. A su único hijo. Por entonces nadie sabía si Emma tendría tiempo

para verle aprender a caminar, a hablar, pero aquello era como un sueño. Ella sabía que

probablemente no pudiera hacer ninguna de esas cosas. Lo único que Emma podía hacer era mirarle a

los ojos y disfrutar de él hasta que su corazón se parara.

Pocos días antes de morir, Emma me dijo que le pidiera algo a su madre. No me dijo qué era,

pero me hizo prometer que lo haría. Me aseguró que ella ya sabría lo que tendría que darme. De

nuevo, mi curiosidad intentó despertar, pero estaba demasiado pendiente de disfrutar el tiempo que

nos quedaba juntos.

Sentía como una punzada en mi espalda. Una especie de cuenta atrás que pitaba cada hora y

que me auguraba la pérdida de la persona que más amaba en el mundo. Yo aguardaba abrazado a ella

por detrás, tumbado en nuestro lecho, y ella lo hacía también a Cristian. No podía verle los ojos,

pero sabía que lloraba. El niño que sobrevivió al embarazo de su madre enferma tendría que crecer

también sin ella. La guadaña se la llevaría antes de que él pudiera saber que Emma lo amaba por

encima de todo, incluso de mí. Y es que no es comparable el amor de una madre al de una pareja. No

seré yo quien cuestione aquello. Así debe ser.

Aunque ella tampoco me veía a mí, yo también lloraba. Para ella la cuenta atrás indicaba el

final de su historia, todo acabaría entonces, el sufrimiento desaparecería y también su mundo.

Supongo que una parte de mí la culpaba por dejarme solo ante mi vida y ante la de nuestro bebé.

Siempre sería nuestro niño, aunque a partir de entonces solo iba a ser yo quien pudiera disfrutar de

él. La otra parte que había en mí estaba atemorizada por lo que me sobrevenía.

Su camisilla azul dejaba al descubierto una pequeña parte de su blanca espalda. Me asomé

por encima de ella para mirar sus manos. Adoraba contemplar las pequeñas uñas de sus dedos y la

forma en que su piel en derredor se vuelve más rosada. Aún acariciaba el pecho de Cristian con

suavidad y melancolía. Sus piernas yacían en la cama la una encima de la otra, con los pies al

descubierto. Pasé mi mano por encima de ella y la posé sobre su costado, hasta que llegó a acariciar

la del bebé. Apoyé mi cabeza sobre el hombro de Emma y miré cómo la madre contemplaba por

última vez a su hijo. Ella giró la cabeza para mirarme, también por última vez, con los ojos

enfascados y lágrimas recorriendo sus mejillas, me sonrió y volvió a mirarle a él.

Ella sabía que aquel día llegaría su hora. Yo no quise aceptarlo al principio, pero ahora estoy

seguro de que entonces sí sabía que aquel instante sería el último que ella respiraría.

Hasta que su corazón se paró.

Un triste silencio inundó el cuarto, mientras veía que la señorita Eva se encontraba con los

ojos llorosos. Yo no tenía ángulo para ver el rostro de doña Carmen María, porque ella miraba al

frente y se encontraba tumbada en la cama que estaba a mi vera. Imaginé que estaría más o menos

igual, porque así estaba yo también. Me había costado muchísimo contar aquello, era la primera vez

que hablaba de la muerte de mi mujer. Y por supuesto, mis ojos ya lloraban abiertamente.

Esta vez ni siquiera Will quiso añadir su típico comentario ingenioso para llamarme

romántico empedernido. Tuve que ser yo quien rompió aquel momento de

silencio porque empezó a

resultarme molesto que el sufrimiento que había estado haciéndome daño durante toda mi vida ahora

doliera también a los amigos que iban a verme morir.

—Aún no ha terminado —dije.

—Lo sé, no me habías dicho que tuvieras un hijo —añadió Will. Le veía con intención de

pedirme que le contara el resto, y desde luego lo iba a hacer. Esta vez no era una historia tan larga,

pero Will no me había entendido bien.

—Quiero decir que la historia de Emma no ha terminado aún.

—Definitivamente, Rick, no me equivoqué al pensar que tenías algo interesante que contar —

dijo Will convencido.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó doña Carmen María.

—Todo se andará, doña Carmen. Preste atención.

En la misa previa al entierro había mucha gente. Confieso que nunca me han gustado ese tipo

de actos porque en la mayoría de las ocasiones acaba convirtiéndose en una reunión familiar sin uno

de sus miembros, y es donde todo el que ha errado y dañado a la víctima perdona sus pecados

asistiendo a tan miserable y falso evento. No obstante, allí se encontraban sus padres y su hermano,

además de mucha más familia a la que no conocía. Fue duro para mí decidir si llevar a Cristian, pero

al final preferí dejarlo con mis padres unas horas para que el bebé no se convirtiera en la atracción

estrella del día. No quería oír el pésame de la estupidez en persona ni tampoco el típico comentario

que habla sobre la semejanza de un bebé casi sin rostro con la madre o el padre.

—Me pidió que te diera esto —balbuceó la madre de Emma entre lágrimas.

Yo las contuve. Lo había hecho desde el día que murió, y me estaba pasando factura. Sentía

como si una maldita bestia incansable estuviera golpeando desde dentro la jaula de mi cuerpo una y

otra vez, con más y más fuerza, y pronto terminaría por quebrarme y liberarse. Solo esperaba que no

lo hiciera aquel día, no quería manchar la memoria de su entierro con mi instinto salvaje.

Cogí el sobre de entre los dedos de la mujer y me lo guardé en la chaqueta. Preferí abrirlo en

otro momento. Al fin y al cabo eran palabras de Emma, quería disfrutarlas con la tranquilidad que me

otorga la soledad y poder recordar en un futuro cómo leí la última carta que ella me escribió.

La gente lloraba desconsoladamente en aquel tortuoso lugar. El cuerpo de Emma yacía inerte

dentro del ataúd abierto, tras la cristalera de una sala con sillones para

aquellos que quisieran dar el

último adiós. Su hermano y yo estuvimos allí mirándola todo el tiempo. Sus padres solo consiguieron

entrar durante un momento y, tras echarse las manos a la cabeza y derrumbarse como probablemente

no habían hecho en su vida, salieron rápidamente buscando un lugar donde poder rendirse al

sufrimiento durante unos minutos, o tal vez unas horas. Yo no concebía la posibilidad de no mirarla

todo el tiempo que pudiera. Ya nunca tendría aquella oportunidad, no podía dejarla pasar. En ese

momento lo único que pensaba era en ella y en Cristian. No había hueco en mi mente para pensar en

mi futuro ni en mi salud mental.

Solo quería verla. Solo quería despedirme.

Creo que en varias ocasiones su hermano quiso decirme algo, al igual que yo también quise

hablarle a él. Supongo que eran vanos intentos de consuelo, pero ambos sabíamos que aquello no iba

a servir de nada y abortamos antes de que pudiéramos arrepentirnos de decir algo que podía

hacernos daño a ambos.

Finalmente tres hombres trajeados entraron en la sala en la que se encontraba el ataúd para

cerrarlo definitivamente y enterrarlo. Me hubiera gustado entrar a darle un

último beso en la frente

para despedirme, pero supongo que ya había tenido la mejor de las despedidas posibles. Imagino que

mucho mejor que el resto de gente que la quería.

Aquella fue la última vez que vi el rostro de Emma en persona.

Esa noche quise quedarme solo en casa y empecé a recoger mis cosas para viajar a Madrid al

piso donde habíamos vivido Emma y yo. No sabía si iba a venderlo, si me quedaría a vivir allí de

nuevo, o si pensaba volver al lugar donde crecí, pero desde luego lo que sí sabía era que no tenía

ganas de pensarlo.

Envuelto en la noche y con una mísera lamparilla encendida anduve hasta la cuna de Cristian

y allí estaba mirándome con esa sonrisa de bebé feliz. Yo intenté devolverle la sonrisa, pero no fui

capaz más que de enseñar un poco los dientes. Lo cogí con delicadeza y lo levanté, lo apoyé en mi

costado y lo acaricié. Él me devolvió la caricia en mi mejilla, y esta vez sí consiguió sacarme una

sonrisa envuelta en lágrimas. La inocencia que produce no saber las desgracias que ocurren en el

mundo a veces es la mayor fuente de felicidad.

Fue entonces cuando me acordé de la carta que me había escrito Emma y rebusqué en mi

chaqueta hasta encontrar el sobre.

«*Para Richard*», ponía en la cabecera.

No sé muy bien cómo empezar esta carta porque tengo tantas cosas que decirte que desconozco

cuánto voy a tener que escribir. Aunque no te preocupes, no vas a tener que leer mucho por ahora,

ya te iré mostrando las instrucciones poco a poco. Sí, esta carta tiene instrucciones.

Esto es exactamente lo que estás pensando, Richard.

«Maldita sea», pensé. Tuve que parar de leer para secarme las abundantes lágrimas. Aquello

me estaba costando mucho más de lo que pensaba. Recordaba perfectamente las instrucciones de las

cartas. Era algo que yo mismo había empezado con ella. Todo era por el libro que le regalé. Me armé

de valor y seguí leyendo.

Cuando me conociste me regalaste un precioso libro lleno de notas en las que me contabas

historias sobre ti, y para que sintiera que estaba contigo aún cuando estábamos a miles de

kilómetros de distancia. Aunque no estoy muy segura de que esto sea lo mejor para ti, considero

que debo hacer todo lo que esté en mi mano para que seas feliz, y si todo lo que hemos vivido es

cierto, me necesitas. Al menos por ahora. Y la mejor forma de estar, aún

cuando no estás, es dejar

escrito aquello que quieres decir. Esa es la forma de encontrarme aún cuando estoy perdida. Tú

me lo enseñaste.

Dejemos de lado el dramatismo de todo esto porque, conociéndote como te conozco, habrás

esperado un poco hasta leer esto y eso quiere decir que llevarás uno o dos días aguantando el

dolor de la soledad. Ya es suficiente, Richard. Ahora yo estoy contigo. Paso a escribirte las

instrucciones:

1. Promete que harás todo lo que te diga cuando te diga, y que seguirás las instrucciones en

todo momento.

2. Lee todo varias veces con detenimiento, no quiero que cometas un error y todo el trabajo que

estoy haciendo en el hospital se vaya al traste. Sí, esto lo estoy escribiendo mientras estoy

esperando a que nazca nuestro hijo.

3. Dentro de cada uno de los libros de mi biblioteca que ordenaste alfabéticamente encontrarás

una nota mía. Léelos con paciencia y cuidado.

4. Las notas están escritas para ser leídas por orden. Si empezaras abriendo libros al azar

acabarías por no entender nada. Empieza por Cumbres Borrascosas y termina por Romeo y

Julieta.

5. La regla más importante de todas es que tienes que disfrutar de esta cosa tan cursi que estoy

haciéndote. Tú eres el hombre que la mejor chica del mundo se merecería, pero yo no pensaba

quedarme sin hacer nada viendo cómo el mejor hombre del mundo se pierde aquello que

llamamos vida.

6. Sonríe.

PD: Espero que esto sea suficiente para devolverte todo lo que has hecho por mí, los

detalles románticos, los viajes, los sacrificios. Yo, a cambio, lo único que he podido ofrecerte ha

sido mi compañía durante unos pocos años. Una cosa más:

Gracias.

Leer aquella nota me hizo sonreír como nunca lo había hecho en mi vida. Aquello fue un

atisbo de felicidad que estaba envuelto en un manto de oscura desesperación. Pero a veces una luz

muy pequeña es capaz de iluminar la más larga de las noches.

—Pronto la historia llegará a su fin—dije yo.

Eran casi las siete y media de la tarde y aún tenía que terminar la parte de la

biblioteca y

llegar hasta el punto actual. El horario de visitas acababa a las nueve, así que debía darme prisa.

—El libro que le regalaste cuando os conocisteis se convirtió en el sello de identidad de

vuestra relación —masculló doña Carmen María, yo diría que hablando más para sí misma que para

el resto. Lo había entendido bien.

—Debo hacerle una pregunta, señor Brawn. ¿De verdad todo esto es real? —preguntó la

señorita Eva con un rostro de asombro que había sido bañado minutos antes por un mar de lágrimas.

Sus ojos aún la delataban.

—Desde la primera palabra hasta la última, señorita Eva. No piense usted que necesito yo

mentir a tan poco tiempo de evaporarme. Y mi Emma era tan real como usted misma. Ni más, ni

menos.

—No te distraigas, Rick, que necesitamos terminar de oír tu historia. Quién sabe si nos

volveremos a ver otro día más.

Hice caso a las plegarias de mi amigo Will y continué.

Se me hace complicado contar cómo fui descubriendo cada nota en cada libro de su

biblioteca. Cierto es que la primera que me había escrito, la que me dio su madre, me la sabía de

memoria, pero no era así con todas y no las tenía en el hospital para dejárselas leer a mis amigos.

Aunque pensé que, tal como hizo Emma conmigo, podría dejar que las leyeran una vez yo ya no

estuviera. Esas notas son mi vida, forman parte de mí y de Emma, las amaba tanto como a ella. Pero

supongo que a veces, en el momento adecuado, vale la pena mostrar algo que puede ayudar a otras

personas. Doña Carmen María es muy mayor, pero aún le queda tiempo por vivir, y creo que la

historia de Emma ha podido cambiar un poco la personalidad cínica de Will. Quién sabe si en su

historia ahora necesita volverse alguien más enamorado. Y respecto a la señorita Eva... Estoy

seguro de que a partir de ahora podrá confiar un poco más en que a veces vale la pena arriesgarse

con alguien que te ofrece volar.

Con todas las notas que Emma me escribió descubrí todo lo importante que ella había vivido

sin mí. Signifiqué mucho para ella desde el principio, según me dijo, aunque estuviéramos alejados

tres años. Cualquiera pensaría que lo decía para animarme, pero yo la creí. Era mi deber creerla. Era

mi princesa. Me confesó que no tardó esos tres años, ni mucho menos, en

darse cuenta de que yo era

muy diferente al resto. Todos los hombres intentan engatusarte para que estés con ellos, para que

hagas algo con ellos, o para que cambies lo que eres, decía ella. Todos excepto uno, el único que

tomó sus decisiones con la intención de hacer feliz a la persona que realmente amaba sin importarse

a sí mismo. Y ese uno era yo.

Supongo que alejarte de la persona con la que quieres pasar el resto de tu vida es una de las

decisiones más difíciles que se pueden tomar en la vida, pero si es lo mejor para ella yo lo haría sin

dudarlo, por mucho que pueda dolerme.

Al parecer eso es lo que me ha hecho especial.

Descubrí que tuvo una relación larga poco después de que nos separáramos al entrar en la

universidad, pero no funcionó porque acabó despertando de su sueño de princesa. Con muchos

hombres suele llegar el momento en que dejan de tratar a las mujeres como realmente se merecen, y,

para ellos, se convierten en simples objetos colocados en un escalón inferior. Una vez ya se ha

conquistado el corazón de la mujer y se ha plantado la bandera ya no hay nada más que hacer. Creen

que, a partir de entonces, ellas se convierten en esclavas de sus sentimientos.

Es cierto que muchos podemos ser así, en gran parte lo somos, pero hay una parte de nosotros

que nos hace mejores. Es la libertad de tomar decisiones fundamentadas en razones lo que nos hace

personas. No son solo las emociones las que gobiernan nuestros actos.

Emma ya tenía experiencia en ese tipo de hombres que llegado a un punto dejan a ser lo que

habían prometido, cual político en el poder, así que una situación que una vez le había hecho

tantísimo daño se repitió de nuevo. Y a partir de ahí las cosas cambiaron en ella. Dejó de entregarse

al cien por cien a los hombres, y aunque buscaba encontrar a alguno en el que poder confiar

plenamente, no lo consiguió. Creo que tal vez no quiso hacerlo, porque ya lo había encontrado y lo

sabía.

—Tengo curiosidad por ver cómo lo escribió ella —interrumpió Will—. Cuando ves las

palabras de alguien hablar sobre sí mismo empiezas a conocerlo. Comprenderás que con todo lo que

has hablado sobre ella me gustaría haberla conocido.

—Era digna de ser conocida, desde luego —añadí, aunque todos lo sabíamos.

—A mí también me gustaría haberla conocido, y si pudiéramos leer esas cartas sería

maravilloso —dijo doña Carmen María—. Es una pena que me vaya a ir del

hospital en unos pocos

días.

—Yo también me iré en unos pocos días —dije, y después comencé a reírme por la absurda

broma que se me había ocurrido. Me apetecía liberar tensiones—. Supongo que podré arreglármelas

para que todos puedan leer esas cartas, pero me resultaría muy vergonzoso que las leyeran delante de

mí. Prefiero que sea cuando yo ya no esté aquí. Arreglaré cuentas con Will, imagino, para que más

adelante puedan disponer de ellas.

—Y dime, amigo mío, ¿queda algo más de historia? —preguntó Will interesado.

Lo cierto era que sí. Tras la muerte de Emma y de leer todas las cartas que me había dejado

—algo que hice en apenas un día, debido a la emoción— aún me quedaba algo que hacer, y que haría

durante muchísimos años: cuidar de Cristian.

No me fue nada fácil desde el principio. Había pasado tanto tiempo separado del trabajo que

cuando todo terminó no tenía forma de sobrevivir más de un mes sin ayuda de mi familia o de la

familia de Emma, incluso con la pensión que me daba el gobierno —bastante escasa— por mi

situación de viudo. Por tanto, me vi obligado a vivir con mis padres durante

unos meses mientras

arreglaba mis asuntos laborales y volvía a labrarme un pequeño salario mensual que me permitiera

vivir en el piso que había comprado tiempo atrás para Emma.

¿Quién podría pensar que el Richard Brawn joven y alocado de siempre podría cuidar y criar

a un niño a los veinticuatro años? Yo, responsable como nadie desde siempre, pero de decisiones

rotundas y alocadas, testarudo como pocos y ensimismado en unos principios y valores perdidos, no

parecía el ejemplo típico de padre soltero.

Pese a todo, no fue nada mal. El tiempo pasó y Cristian comenzó a andar a sus once meses.

Casi dos años tras su nacimiento pronunció su primera palabra, pero fui dándome cuenta de que se

parecía a su padre, comunicándose más por señas que hablando. Llegó el colegio y era un chico

tímido. Yo intentaba ayudarle siempre con sus amigos, hablaba frecuentemente con sus padres para

hacer planes para él, y creo que lo hice bastante bien. De hecho, aún creo que jamás hice nada mal,

pero hubo algo que me reprochó siempre que pudo cuando llegó a tener conciencia de ello, cuando ya

cumplió los dieciséis años más o menos. Pero de eso hablaremos luego.

Cualquier niño podría haber intentado saber de su madre, pero a decir verdad

era yo quien

hablaba de ella siempre por no dejarla de lado en su vida. Para él, Emma era una desconocida que le

había dado la vida, pero poco más que eso. Era un recuerdo olvidado, enterrado bajo las palabras de

alguien que quiere rememorarla. Al fin y al cabo ella también se merecía un reconocimiento por la

vida de aquel niño, por eso me gustaba hablarle de ella de vez en cuando.

Él era muy inteligente. Muchísimo, de hecho. Sus notas nunca demostraron que fuera el más

estudioso, pero tenía algo que lo hacía especial, un uso de la razón poco común. Resolvía problemas

caseros con muchísima facilidad y muchos profesores me confesaban sentirse un tanto indefensos

ante las preguntas que podía llegar a hacer, casi más para ponerlos en un aprieto que para ser

respondido. Muchos tenían la sensación de que él sabía las respuestas a sus propias preguntas, pero

ellos mismos no.

Y llegó el momento inevitable en la vida de cualquier joven. Esa etapa en la que cuestionas

todo lo que te rodea, todo lo que te dicen, todo lo que oyes. Te vuelves un crítico en potencia que

empieza a labrarse una opinión propia, o eso cree. Yo sigo creyendo que Cristian era muy diferente

al resto de adolescentes que se dejan dominar por sus impulsos acrecentados por una lluvia incesante

de hormonas. Aún sigo confiando en que él simplemente llegó a la madurez suficiente como para

entender el mundo que le rodeaba.

Era inevitable que, finalmente, yo dejara de ser su guía para la vida y me acabara

convirtiendo en un extraño que no había sido capaz de llegar a nada en la vida. Había dejado de ser

su superhéroe para convertirme en un hombre que jamás pudo conseguir todo aquello por lo que

luchó.

Eso es lo que siempre me echó en cara.

Él era ambicioso. Si quería algo lo conseguía, creo que siempre lo hizo. Pero yo no pude

salvar a Emma, y jamás llegué a ser nadie especial en el mundo. Él solamente me veía como un

hombre que trabajaba de seis de la mañana a dos de la tarde y que en su tiempo libre intentaba cuidar

de su hijo lo mejor posible. Pero él quería mucho más para su vida que ganar dinero para vivir y usar

el tiempo en cuidar de alguien. Él quería ser alguien especial, quería ser diferente a todo aquel que

sigue las reglas de la evolución: nace, crece, reproducete y muere.

Es duro para un padre ver cómo el hijo al que le has dado toda tu vida te dice

que no deberías

haber dejado tu vida en manos de sentimientos tan primarios, que deberías haber sido más inteligente

y ser alguien más importante.

Nunca he sido capaz de saber si hice lo correcto o debí haberle hecho caso, pero aquello fue

lo que definitivamente nos separó. Por suerte para él, era demasiado bueno en todo lo que hacía

como para retenerlo más allá de la mayoría de edad, sabía buscarse la vida y yo no era quien para

impedírselo. Él siempre conseguía lo que se proponía, y llegó un momento en que me dejó de lado y

no fui capaz de ir a buscarlo.

—Es por eso, señorita Eva, que no he querido avisar a mi hijo. Si lo hago vendrá aquí y se

arrepentirá de haber renegado de mí, pero solamente porque me muero. Uno quiere lo que no tiene,

señorita Eva. Por supuesto que quiero verlo, pero estoy protegiéndolo de un sentimiento que le va a

hacer sufrir.

—No es así como debe hacerlo, señor Brawn. Él tiene derecho a saber lo que le ocurre y es

cosa suya si se arrepiente de lo que ha hecho. Debe darle a Cristian la oportunidad de pedirle

perdón, porque si no se la da ahora no la tendrá nunca.

—Parece que no se da cuenta de que es eso lo que más deseo en mis últimos días. Pero venir

a verme le hará más daño que no saber si sigo vivo o si he muerto.

—¿Y piensa alargar esa incógnita hasta que él acabe por buscarle? Porque algún día lo hará,

señor Brawn. Y si es tan inteligente como dice se dará cuenta de que usted ya ha fallecido, y entonces

sí que se arrepentirá, y llorará, porque no pudo despedirse de usted, porque la última vez que habló

con usted le reprochó su forma de vivir —me dijo ella convencida. Yo no lo estaba tanto, porque

suponía que si no me había buscado antes ya nunca lo haría. Aunque no sabía dónde estaba ni qué

había hecho confiaba en que habría sabido arreglárselas. Ni siquiera sabía si estaba vivo aún, pero

él sabía cuidar de sí mismo. «Estará bien», me dije.

Hasta que la señorita Eva me recordó que tenía una debilidad

—Déjele tomar su propia decisión, señor Brawn. Usted es su padre, pero no le corresponde

decidir por él.

Odio profundamente la sensación de tener todo claro en tu vida, y que de pronto una frase

eche por tierra todo lo que creías que sabías. Es como si estuvieras corriendo en una carrera y de

repente desapareciera el suelo. Esa sensación de vacío es horrible. Y también

es maravillosa. Me

gusta aprender de la vida día a día. Adoro no poder saberlo todo.

Pronto miré el reloj del cuarto y ya había acabado el horario de visitas. Estaba en el momento

en que cada día que pasara era una posibilidad de morir, y cada noche sería una batalla contra la

guadaña a la que no podía derrotar. Lo único que podía hacer era correr un poco más rápido que ella

y ganar algo más de tiempo. Ya no podía esconderme. No obstante, aún me quedaban fuerzas para

luchar y seguir corriendo. No podía ganar esa batalla, pero no iba a rendirme tan fácilmente. Como

bien supieron mis amigos ahora sí que quería ver a Cristian una última vez para poder despedirme de

él.

Dicen muchos cabezotas que cuando tomas una decisión debes apoyarla hasta la muerte, pues

tu palabra es lo más importante que tienes en la vida, y sin ella no eres nada. Bien, yo les digo que si

lo más importante que tienen es lo dicho, su vida está verde como un plátano inmaduro. Cómo osaría

yo mantenerme impertérrito en mi palabra sabiendo que estoy equivocado, pues la razón de ser

persona no es otra que aprender, aprender y seguir aprendiendo. ¿Para qué? Supongo que no lo sé.

Imagino que para buscar la perfección. Aunque no exista. ¿Por qué alguien no habría de buscar algo

que no existe, si es lo correcto? Buscamos justicia, aunque no tengamos muy claro qué es. Buscamos

ser buenas personas, aunque en muchas ocasiones se nos planteen dos opciones y ambas disten de

parecer algo bueno. Mientras pasen los años, los meses, los días, las horas e incluso los minutos

seguiré aprendiendo. Ese es mi deber, aunque sepa que ya no me servirá de nada. Es como cuando

sabes que no puedes estar con la mujer a la que amas. ¿Acaso dejarás de tratarla como la maravillosa

princesa que es, o tal vez seguirás hablándole como se merece? El deber. La responsabilidad. Actúa

como corresponde porque nunca sabes qué puede pasar al final. Los finales los decide el azar, y él es

impredecible.

La noche me resultó sencilla. Los años hacen que todo aquello que puedas hacer en un día te

resulte más cansado, pero cuando tienes una enfermedad que hace tu corazón más débil basta con

decir unas cuantas palabras seguidas para que eso te cause la misma fatiga que un joven cuando llega

a casa a las nueve de la mañana. Así que aguanté hasta la cena y caí redondo. Bueno, no caí porque

hacía ya mucho tiempo que no me levantaba de la cama, pero mis ojos sí lo

hicieron. Y no se

abrieron hasta que el sol estuvo en su punto álgido al día siguiente.

De nuevo me trajeron una de esas fatídicas comidas de hospital para almorzar. Estuve a punto

de rechazarla, total, no iba a comer muchas más veces. Supongo que el deber me hizo tragar tanto mis

propios reproches como el sándwich de atún. No estaba tan mal. Creo que en unas pocas semanas

habían conseguido que mis papilas gustativas se deterioraran de forma insultante.

—Señor Brawn —dijo doña Carmen poco antes de las cuatro de la tarde. Yo miraba al techo,

pensativo—, esta tarde me marcharé del hospital.

—¿En serio? —pregunté atónito. Lo cierto es que esperaba tenerla a mi lado antes de que...

— Supongo que es una buena noticia. Así no tendrá que pasar por el mal trago.

—¿Mal trago?

—Sí, el de tener que ver lo que me ocurra. Bueno, aún está usted a tiempo de ver el

espectáculo si me doy prisa, oiga.

Me encanta bromear con temas que parecen tener importancia. Si hay una expresión que diga

que bromear es romper el hielo a mí me gusta partir icebergs.

—No diga bobadas. Me gustaría quedarme un poco más y disfrutar de su

compañía mientras

pueda. Debo confesarle que es usted un trocito de pan. El mejor hombre que he conocido en mi vida,

creo yo.

—Ohhhhhhhh —mascullé—. Doña Carmen, va usted a conseguir usted sacarme de mis

casillas de empedernido caballero. Siga diciéndome piropos y acabaré con los mofletines rojos

como el cangrejo más vergonzoso.

—Se lo digo muy en serio, señor Brawn. A mí no me quedan ya muchas primaveras, pero las

que me queden no serán muy agradables, sin duda. Aún así, me ha devuelto usted algo que creía que

había perdido ya.

Tras el posterior silencio quise preguntarle, pero el valor me abandonó.

—La magia, señor Brawn. La magia de la que usted hablaba cuando conoció a Emma. Esa

puerta que crees que te llevará a un mundo mágico, algo que nunca has experimentado, un lugar que

exploras sin miedo sentado junto a la persona que amas en una alfombra mágica que parece saber

exactamente dónde quieres ir. Aunque ni siquiera tú lo sepas.

De nuevo, no supe qué decir. Todo tan cerca y tan lejos. Aquella sonrisa de ojos casi grises

entrecerrados, tan bonita que me parecía y que despertaba su reflejo en mi rostro, pero tan irreal.

Porque pronto dejaría de verla. Pronto mis párpados caerían y nunca más se levantarían. Yo ya no

tenía derecho a amar, ni a tener una vida, y tampoco podía pedir a nadie que hiciera lo mismo. Emma

llevaba en una tumba sesenta años, pero seguía siendo toda mi vida. Lo era cada instante que miraba

a Cristian a los ojos, y cuando me acostaba solitario cada noche, y cuando me dirigía adormilado al

cuarto de baño cada mañana, y cuando trabajaba en lo mejor que había aprendido a hacer gracias a

ella. Era mi inspiración en la vida y en el trabajo. Dicen que no se debe depender completamente de

alguien porque al final lo perderás, tu vida carecerá de sentido y te volverás un infeliz para siempre.

A esos les digo que entonces no saben lo que es amar.

—Doña Carmen, yo... —dije entre balbuceos.

En ese preciso instante doña Carmen se levantó de su cama. El corazón me dio un vuelco y se

me subió a la garganta, comenzó a palpar y el agudo pitido que medía mis pulsaciones se agitó

también. Sentí un cansancio infernal, y también cierto dolor. Bastante dolor, confieso. Me puse

nervioso como un adolescente en su primera cita.

—No se asuste, no le puedo dar miedo —me dijo con la voz suave y dulce, sonriendo como

siempre. Fue inevitable que mi corazón volviera a su lugar de origen.

Se acercó a mi cama. Se inclinó. Al principio miré sus ojos, fijos en los míos. Luego miré sus

labios. También se fijaron en los míos.

Hacía sesenta y un años, tres meses y doce días que nadie besaba mis labios.

Se puso de nuevo en pie, me miró fijamente, se mordió la lengua mientras me sonreía como la

niña coqueta que pudo haber sido algún día y volvió a convertirse en la anciana doña Carmen María

Mendoza. Se giró y anduvo hasta su camastro con la cabeza agachada.

—Me hubiese gustado conocerlo antes. En su juventud, o tal vez hace unas décadas —dijo

tras sentarse de espaldas a mí.

No supe bien cómo responder. Supongo que a mí también me hubiera gustado, pero como

Emma no había ninguna otra mujer, por muy buena que fuera. Y después de su muerte difícilmente

habría podido entregar mi corazón a otra persona.

—A mí también —respondí convencido, pero sin pensar en nada más allá del puro

conocimiento.

En ese preciso instante tocaron a la puerta. Era la señorita Eva. El bermellón

de su cabello

me liberó de una situación demasiado tensa para mis huesos y me relajé un poco.

—Han venido a buscarla —dijo la señorita Eva con una voz dulce y una sonrisa en el rostro.

Me gustaba verla sonreír por la forma en que se juntaban todas las pecas de sus mejillas.

—No lo esperaba tan pronto, pero estoy lista. No puedo pedir una despedida mejor —dijo

mirándome por el rabillo del ojo.

—¿Necesita que le traiga algo? ¿Agua, tal vez?

Entró al cuarto un hombre robusto de unos treinta y cinco años con piel bastante morena.

Distaba mucho de la apariencia de doña Carmen María, que era más bien delgada y achatada, pero al

sonreír no me cupo duda de que era el hijo de doña Carmen.

Durante unos breves dos o tres minutos hablaron como se suele hablar en un reencuentro

típico entre un hijo con muchas obligaciones y una madre demasiado desocupada que no puede

valerse por sí misma. Poco más que un «Hola, ¿estás bien? ¿Nos vamos?»

Justo antes de irse, doña Carmen María me dirigió la palabra por última vez.

—Señor Brawn —me dijo para captar mi atención. Lo cierto es que ya la tenía, porque no

había dejado de mirarla en ningún momento desde que me había dicho que se iba—, me alegro de

haberle conocido. Me ha hecho usted mucho más feliz de lo que piensa. Me ha dado usted la vida.

Muchas veces en mi vida he odiado cómo la gente exagera cuando se encuentra en una

despedida. Esta vez no lo odié tanto, porque sentía que ambos teníamos mucho más que decirnos que

un par de patochadas cursis sin significado alguno, pero a decir verdad a mí no se me ocurría nada

que pudiera decirle que fuera realmente útil. Era como si estuviese en blanco. Aún así, no podía

aguardar callado más tiempo. Doña Carmen no se merecía un silencio como despedida.

—No exagere, doña Carmen, solo le he contado una historia bonita.

—Eso es lo que usted cree, señor Brawn —dijo con una última sonrisa.

—Yo también me alegro de haberla conocido —casi grité mientras ella ya atravesaba la

puerta tras haber recogido todas sus cosas.

11.

Hacía ya mucho tiempo que no disfrutaba de una buena partida de ajedrez. Adoro la

sensación de agarrar las figuras barnizadas y dejar que me resbalen de los dedos, al igual que el

sonido hueco que produce la goma de debajo de la pieza al caer contra el

tablero.

Ahora ya ni siquiera recuerdo por qué dejé de jugar al ajedrez. Puede que fuera porque no

encontraba un rival a mi altura.

—Mate en tres —predije, orgulloso de mi inevitable victoria.

Bien es cierto que jugaba contra un anciano, pero no un anciano cualquiera. Era uno de los

buenos.

—Eso no te lo crees ni tú —me respondió él—. Si consigues ganarme en la tercera partida

que juegas en décadas me levanto y me voy a mi casa.

—Eso sí que no te lo crees ni tú. Creo que ya te has enganchado demasiado a esto otra vez.

Me dijiste que hacía tiempo que no jugabas, ¿no?

—Sí, desde que avasallaba a tu padre, que ya no estaba tan fino como en su juventud, según

decía. Aunque claro, probablemente era una excusa. Como cuando dices que un chiste es bueno, pero

que no lo sabes contar. No creo que él jugara nunca como lo haces tú. Aunque para ganarme aún te

queda algo más de práctica.

Movió el alfil para encerrar al rey entre mis propias piezas. Yo respondí rápido avanzando el

caballo para hacer jaque a la reina. Will quedó pensativo unos instantes y su

rostro cambió

totalmente. Agachó la cabeza, hasta que golpeó la mesa. Una, dos y tres veces.

—¡Seré novato! —gritó llevándose las manos a la cabeza. Acto seguido fingió enfurecerse y

golpeó el tablero, de forma que se cayeron la mayoría de las piezas. Se cruzó de brazos y miró hacia

un lado— Venga, la revancha.

Yo tenía cosas que hacer, tenía una familia que me esperaba en casa. Pero aquel hombre tenía

algo especial, sus palabras le daban un cariz sabio al mismo tiempo que gracioso. Lo cierto es que no

tenía tantas ganas de jugar al ajedrez como de escucharle. Él sabía cómo contar historias. Ya llevaba

allí toda una mañana y parte de la tarde, pero seguía teniendo ganas de seguir con él.

—Pero antes de jugar de nuevo me gustaría preguntarte algo. Si no es molestia, vaya. Aunque

después de contarte todo lo que tu padre me contó a mí, bien podrías agradecermelo

respondiéndome. El caso es, ¿por qué nunca buscaste a tu padre?

Will suponía que yo no podría resistirme a jugar una nueva partida. Supongo que aquella

pregunta era una forma inteligente de retenerme. Y también supongo que al final lo conseguiría.

—Fui demasiado testarudo. Me resulta más difícil admitir un error que

mantenerme firme con

mis decisiones. No buscarle era una forma de engañarme pensando que había hecho lo correcto. Lo

mantuve hasta que recibí tu llamada.

—Cuando contacté contigo a tu padre apenas le quedaban unos días. Quise que lo vieras a

tiempo, pero... Tal vez debí llamarte antes.

—No te culpes, hiciste lo correcto y yo no. Pero no tenemos por qué torturarnos por nuestros

errores. Tenemos que respetar la decisión que tomamos en el pasado.

—Ahora que estamos hablando en serio, me gustaría saber otra cosa. ¿Te fuiste de casa

porque tu padre no tenía un trabajo importante?

—Llegó un día, muy joven aún, en que me di cuenta de que yo tenía un don. Uno que mi padre

también compartía. De alguna forma eso nos hace especiales, nos coloca sobre los hombros la

responsabilidad de ser mejores, pero no para llegar más alto, sino para tener más principios. ¿Cuánta

gente querría poder tener más talento para ayudar a sus seres queridos enfermos, por ejemplo? Y

nosotros lo teníamos. Mi padre y yo lo teníamos, pero él dejó de lado la capacidad que tenía, dio la

espalda a la responsabilidad que le haría luchar por un futuro mejor y dejó su vida en manos de mi

madre. Ahora no le culpo, él fue libre de tomar sus propias decisiones, pero creo que se comportó de

una forma muy egoísta. ¿Por qué solo quiso ayudar a mi madre y no al resto de la gente que lo

necesitaba? Ella era especial, sí, pero todos lo somos en realidad. No me pareció justo. De alguna

forma yo tenía miedo de convertirme en alguien que entregara su vida y su don por amor, como hizo

él.

—Lo que dices tiene sentido, pero hay algo que parece que no sabes de tu padre. Déjame que

te cuente algo más de la historia de Richard Brawn.

Al salir doña Carmen María de la habitación, me sentí vacío. Como cuando se fue Emma,

pero esta vez sin nadie a quien cuidar. Lo único que me quedaba era un reloj frente a la cama cuyas

agujas me recordaban a una nueva cuenta atrás, pero esta vez era la mía.

Pocos minutos más tarde tocaron a la puerta. O tal vez hubiera pasado más tiempo, no lo sé.

—¿Se puede, señor Brawn? —preguntó la señorita Eva asomando sus rizos pelirrojos y

mirándome con esos bellos ojos claros.

—Oh, por supuesto, señorita Eva. La echaba en falta. Parece que mis historias han

ahuyentado a todo el mundo en este hospital, ¿eh?

Ella rió.

—No diga eso, Rick. No se puede vivir en el hospital eternamente, solo es por eso que ya no

están.

—¡Me ha llamado Rick! Supongo que tanta insistencia ha servido para algo... Y ahora en

serio. Señorita Eva, hay algo que me reconcome por dentro y quiero preguntárselo. Entendería, por

supuesto, que no quisiera decírmelo, pero hay algo que no me cuadra y empieza a quitarme una o dos

horas de mi larguísimo sueño diario.

—Dígame, Rick. ¿Qué quiere preguntarme?

Se acercó a mí y se sentó sobre mis sábanas. Noté sus fuertes nalgas cerca de mis piernas. Lo

más cerca que iba a estar de una mujer antes de morir. Aunque el beso de doña Carmen no estuvo

mal.

—Es sobre doña Carmen, señorita Eva. Ha estado aquí casi dos semanas y... aún no sé qué

le ocurría. Nadie viene al hospital y pasa dos semanas ingresado por una simple revisión, que es lo

que ella me dijo.

—Eso no es de mi competencia, Rick. Si ella no quiso contárselo... Era su decisión.

—Lo entiendo, señorita Eva. Pero no querría yo dar mi último paso hacia la tumba sin saber

lo que le ocurría, entiéndame usted. Que esto ya no hace daño a nadie, y como no se lo cuente a los

gusanillos de pueblo o a los colegas del cementerio dígame usted a quién se lo voy a contar.

—A su amigo Will, podría.

—Señorita Eva... Parece mentira que no conozca a Will. A estas alturas él sabrá de doña

Carmen mucho más que usted y que yo juntos.

—Supongo que tiene razón —anunció rendida—. Después de oír su historia entiendo que la

señora Mendoza no haya querido contarle nada.

—¿Por qué...?

En ese preciso instante me di cuenta. No entiendo cómo no lo vi antes. Creo que eso de los

años te resta la capacidad de atención necesaria para observar a tu alrededor. Todo estuvo claro

entonces. Doña Carmen sí que tenía mucho que agradecerme.

—La señora Mendoza tenía Esclerosis Lateral Amiotrófica. Estaba aquí para una revisión de

su tratamiento. Sabe usted bien cómo es ese tratamiento, Rick.

—Así es. Lo sé muy bien.

Hacía mucho tiempo que no oía nada sobre esa enfermedad, casi me había

olvidado que había

otras personas a parte de Emma que la tenían. Para mí era como si hubiera desaparecido de la faz de

la tierra, pero aún había personas que tenían que tratarse.

Cuando Will me contó aquello yo iba colocando en el tablero las piezas que habían caído al

suelo, pero al darme cuenta de lo que aquello significaba todo mi cuerpo quedó paralizado.

—Tu padre sabía muy bien lo que significaba entregar su vida a Emma, pero después de

aquello tuvo muchos, muchos años para hacer lo que le parecía correcto. Ya no valía la pena ser

egoísta, así que usó todo su talento y su conocimiento para algo útil. No sé por qué nunca te lo dijo,

pero él consiguió curar la enfermedad que mató a tu madre, Cristian. No sé cuándo lo consiguió ni

cuánto tiempo le llevó, pero lo hizo. Y salvó vidas. Muchísimas. Hizo un cambio.

Lo único que pude hacer entonces fue limpiar unas pocas lágrimas de mi rostro, y sonreír.

Hacía mucho tiempo que no notaba ese sabor sobre los labios.

Me quedé extasiado mirando al cielo pensando que me había equivocado totalmente con mi

padre. Debí confiar en él.

—Dioses, Cristian, ¿qué hora es? Hacía tanto tiempo que no jugaba una buena

partida de

ajedrez que me he olvidado totalmente de la hora.

Miré al cielo y deduje que serían casi las siete de la tarde.

—Tenemos una cita en breve. Deberíamos ir dentro de la casa, pronto llamarán, o tal vez lo

hayan hecho ya.

—¿Tenemos? —pregunté atónito.

Definitivamente a ese hombre le encantaban las sorpresas.

—Sí, tenemos.

Se levantó de la silla, rodeó la piscina y abrió la puerta corredera. Yo le seguí, entramos al

comedor y Will fue directamente hacia la entrada y abrió.

—¡Hola! —exclamó Will—. ¿Llevan mucho tiempo esperando, señoritas?

Una de ellas era una señora mayor, con el rostro arrugado como la piel de un elefante, y la

otra era una joven pelirroja muy guapa. Desde siempre me pierden las pecas, y aquella mujer tenía

muchas. Una pena que tuviera anillo de casada. Aunque yo también lo tenía.

—¿Qué tal está, señor Soul? —preguntó la pelirroja.

—Como una rosa, señorita Eva. Vaya pelo más bonito que tiene usted, cada vez que lo veo un

escalofrío me recorre los brazos, mire usted qué cosa tan curiosa. Ya quisiera yo volver a ser joven.

—Estoy casada, señor Soul —advirtió ella en tono cansado. Supuse que ya se lo había dicho

muchas veces.

—Aún mejor, es más excitante cuando uno es el amante, y no el marido aburrido.

Ambas pasaron al comedor, donde me encontraba yo.

—Este es Cristian —dijo Will.

—Así que eres tú, el hijo de Rick —añadió la anciana.

—Estas dos preciosas mujeres son doña Carmen María y la señorita Eva. Ya te he hablado de

ellas. Supongo que ya sabías quiénes eran.

Ciertamente las arrugas del rostro y el cabello rojizo son pistas reveladoras a la hora de

reconocer a alguien. Al principio me sentí un poco incómodo con tanta gente, y más sabiendo que

habían sido las últimas personas que habían estado con mi padre, pero había llegado el momento de

ser yo mismo.

—Vaya por Dios, pues mire que tengo un malestar en el estómago últimamente un poco

preocupante. Creo que iré al hospital un día de estos... —bromeé.

—Desde luego son tal para cual —dijo la señorita Eva con una sonrisa grabada en el rostro.

—¿Mi padre y yo?

—Los tres: Will, su padre y usted.

Me hizo gracia. Solo conocía a Will desde aquella misma mañana.

—Y dígame, Will, ¿para qué nos ha traído exactamente? —preguntó doña Carmen María— Y

si es lo que creo que es... me tiene expectante

—Creo que es lo que usted cree que es, jeje. —Acto seguido Will hizo un gesto con la mano

para marcar la reiteración y puso cara de tonto para satisfacer un poco más la demanda de humor

—¿Puedo preguntar qué es lo que doña Carmen cree que es? —pregunté, siguiendo con la

broma.

—Sí, claro que puedes preguntarlo... —respondió Will, acompañando sus palabras con una

ligera carcajada—. Doña Carmen, señorita Eva, confieso que aún no he visto ninguna de las cartas,

ni siquiera las he localizado, pero una biblioteca no es difícil de encontrar. Además, creo que ya la

he visto antes, así que... Síganme.

Se adentró en el pasillo que había justo al lado de las escaleras de caracol y siguió andando

hasta la última habitación. Al parecer todos sabían lo que había allí menos yo.

—Ah, por cierto, Cristian. Esta era la casa de tu padre. Me dio las llaves poco antes de

morir, pero legalmente es tuya.

Me pilló totalmente por sorpresa. Desde luego no era el hogar en el que me había criado,

cuando era pequeño vivíamos en un piso más bien pequeño en la ciudad de Madrid, pero aquello

estaba en las afueras y era una verdadera casa de dos plantas y con una terraza de suficiente tamaño

como para que un helicóptero aterrizara en ella. Además resultaba muy espaciosa a la vista y poseía

una bella decoración que le daba un cariz lujoso.

—Como comprenderás, a tu padre le iba bien en el trabajo, así que nunca le faltó dinero.

Aunque no te creas que vas a heredar mucho, ha donado la mayor parte a organizaciones de ayuda.

Casi todo ha ido a parar a una asociación del mismo hospital donde se encargan de ayudar a los

niños enfermos de cáncer. Por si no lo sabías, ya te digo yo que tu padre era un blando. Hay gente que

lo llama buenazo, yo prefiero decir blando. Como cuando dicen que alguien es romántico, yo prefiero

llamarlo calzonazos. Eso también lo era tu padre, ahora que lo pienso.

Supongo que debí confiar en mi padre cuando era el momento. Pero cuando eres joven crees

que lo ves todo: las intenciones de las personas, su propia personalidad, la bondad de su corazón,

incluso a las mujeres que son especiales. Y a veces no hay que ver nada para confiar en una persona,

a veces vale la pena creer en alguien ciegamente sin necesidad de que te demuestre nada. Yo debí

hacerlo.

—Pasen, señoritas —dijo Will cuando llegó a la última puerta. Dejó paso al resto como buen

caballero y doña Carmen y la señorita Eva entraron—. Si no me equivoco, estará aquí. Justo... en

esta biblioteca que tiene montada el amigo Rick —concluyó mirando la estructura de madera de

caoba repleta de libros—. Pues bien, según Rick las cartas estaban ordenadas por orden alfabético.

—¿No podría ser que el señor Brawn sacara las cartas de sus libros? Las debió sacar de

cualquier forma para poder leerlas, tal vez las haya guardado en otro lugar —comentó la señorita

Eva.

—Conociéndole... Lo dudo. Vea que los libros del estante de arriba aún siguen ordenados

por orden alfabético, y solo son seis. Y además, me dijo dónde estaban. Esa es la mejor pista de

todas. Doña Carmen, ¿hace usted los honores?

Doña Carmen levantó el brazo y cogió el primer libro de arriba: *Cumbres Borrascosas*. Lo

abrió y más o menos a mitad del libro encontró una carta.

—Efectivamente, mi capacidad de deducción es asombrosa —concluyó Will—.
—¿Ya sabes

para qué estamos aquí, no, Cristian?

Desde luego que lo había descubierto ya.

Siempre he creído que cuando lees las palabras de una persona empiezas a conocerla. Y yo

no había conocido a mi madre, había fallecido poco después de nacer, y mi padre me había hablado

mucho de ella. Pero nunca había tenido la oportunidad de conocerla. Creo que, definitivamente, hoy

llegaré algo tarde a casa. Espero que Miriam no se piense que tengo una aventura.

Creo que ese día recibí una oportunidad única en la vida de cualquier persona. Todos

desearíamos poder leer lo que escribieron nuestros padres con el corazón en la mano, poco antes de

morir. Todos desearíamos poder despedirnos y tener el recuerdo de sus palabras escritas a mano.

Aquello era una bendición. No quise pensar más, y comencé a leer.

Primera nota escrita por Emma, encontrada en el libro *Cumbres borrascosas*:

Son siempre difíciles los comienzos, tú lo sabes bien. Hoy comienzo algo maravilloso que te has

ganado durante toda tu vida, y como ya te mencioné, tengo tanto que decirte que no sé por dónde

empezar. Supongo que viajaré al principio de nuestra historia, a aquel día en la prueba de acceso

en que te acercaste a mí olvidándote de la vergüenza y confiando en ti mismo. Sé muy bien que no

crees en el destino, pero hasta el día antes de conocerte había estado con un chico que creía que

sería el amor de mi vida. Cuán engañada estaba, pues la realidad es que un fuerte sentimiento que

aparece en un instante no garantiza que pueda ser algo a largo plazo. Tan rápido como viene,

desaparece. Él me hizo creer algo que no era cierto. Me dijo que me quería, me ofreció la Luna y

las estrellas. También me dijo que las palabras estarían vacías mientras no se demostrara lo

dicho. Creí entonces que me lo demostraría todo, que me daría lo prometido algún día. Y poco

antes de aquel verano en que te conocí se separó de mí, haciéndome incluso más daño del que yo

me creía capaz de soportar.

Cuando alguien dice te quiero corre el riesgo de equivocarse o de echarse atrás. Esas palabras,

para mí, significan mucho más que el hecho de querer estar con una persona. Significan que estás

dispuesto a hacer lo que sea, a sacrificar lo que sea para que él o ella sea feliz, sin importar

cuánto daño puedas sufrir tú. Aquel verano él me demostró que solo se

importaba a sí mismo, que

las palabras de amor que yo creía ciertas eran una farsa que se había inventado para

manipularme. Aunque no me di cuenta de eso hasta muchos años más tarde.

Y mientras yo me hallaba sumergida en un mar de pensamientos sobre mi futuro con él y nuestro

destino juntos, apareciste tú. Me ofreciste todo lo que tenías, yo me convertí en lo más importante

para ti. Intentaste decírmelo, y yo solo lo creí a medias. ¿Quién daría todo lo que tiene por

alguien que conoció unos meses antes? Pero ahora sé que viste en mí algo muchísimo más fuerte.

Y con el tiempo te encargaste de demostrarme que las palabras no son solo algo saliendo de unos

labios.

Segunda nota escrita por Emma, encontrada en el libro *Cyrano de Bergerac*:

Cuando me regalaste aquel libro creí que eras un niño enamorado, como tantos otros, luchando

por llamar mi atención. Por esta razón, cuando me fui a Madrid dejé de llamarte, te respondía

solo a unos pocos mensajes porque no quería desaparecer de tu vida, pero no sentía nada por ti. Al

menos, no lo mismo que tú.

Por entonces yo pensaba que los sentimientos debían aparecer siempre desde el principio. Si

quieres a alguien tienes que saberlo desde el primer momento, porque tiene que ser algo mágico,

algo inexplicable, algo que el mundo real, como a ti te gusta llamarlo, no es capaz de justificar. Es

algo más, que tiene que ver con el alma de las personas.

El destino, lo llaman.

Quise pensar que cuanto más lejos estuviera más fácil te sería olvidar esos sentimientos. Quise

creer que estaba haciendo lo mejor para ti, pero reconozco que yo no te necesitaba en mi vida. No

me resultaba doloroso dejarte ir.

Mientras tanto, tú solo querías hacer lo correcto. Intentabas verme, aunque sé que no era lo que

más querías, pues ver a quien amas sabiendo que no podrás estar con él es un sufrimiento

constante. Aún llevando meses o incluso años sin hablarnos siempre recibía un mensaje tuyo que

me decía que tú siempre estarías cuando te necesitara. No te importaba sufrir por mí. Todo porque

realmente me querías, y yo no me había dado cuenta.

Tercera nota escrita por Emma, encontrada en el libro *Divina Comedia*:

Creo que debí haberte buscado cuando me di cuenta de que eras realmente especial. Lo supe en

poco tiempo, pero no quise aceptar el error que había cometido. Supongo que la juventud y la

testarudez van de la mano, al menos era así para mí.

Intenté engañarme, como solía hacer antes. Seguí intentando encontrar algún hombre que pudiera

ofrecerme todo lo que necesitara, sin condiciones, pero las cosas nunca son tan fáciles. Ninguno

me quería de verdad. Todos estaban dispuestos a sacrificar su tiempo para estar conmigo, pero

ninguno de ellos lo hacía para que yo fuera feliz.

Siguieron pasando los años y volviste a aparecer como un ángel venido del cielo. Como la

inspiración de un escritor a las tres de la madrugada. Te mentiría si te dijera que esperaba que

todo siguiera igual entre nosotros después de la indiferencia que te había mostrado durante tres

años. Realmente creí que había tenido una oportunidad, una única oportunidad, y la había

desaprovechado. Y entonces apareciste de nuevo, como si no te importara nada de lo que había

ocurrido. Pero llegó el día en que volviste a demostrarme que me querías. Como yo necesitaba que

me quisieran.

Aquel día me dijiste que tú eras el hombre que yo merecía, pero no el que necesitaba en ese

momento. Dejando de lado tu ausencia de modestia... Te equivocabas. No creo que fueras el

hombre que yo merecía en ese momento, a juzgar por cómo te había ignorado. Y también te

equivocabas en que no te necesitaba. Sí que lo hacía, y mucho.

Y, por fin, fui capaz de devolver la luz a mi vacío día a día de libros y más libros sin que un

verdadero sentimiento pudiera abrirme los ojos.

Cuarta nota escrita por Emma, encontrada en el libro *Mararía*:

Puede que no necesites que te lo diga, pero has de saber que te quiero. Como nunca he querido a

nadie. Y no dejaría de hacerlo por muchos años que viviera. Una vez tu mente ha cometido el error

de darse cuenta de que la perfección existe, no puedes vivir sin ella.

Aunque tuve que vivir sin ti durante unos meses. Jamás te culparé por quedarte investigando sobre

una enfermedad que no podías curar en ese momento, porque entiendo por qué lo hacías. Cuán

injusta sería yo si no comprendiera que me necesitabas, y no querías perderme. Supongo que, en

cierto modo, para mí iba a ser más fácil morir que para ti seguir viviendo, porque yo no tendría

que enfrentarme a una vida sin ti.

Me refugié entonces en mi familia, en toda la gente que me había querido en mi vida, excepto en

ti. Intenté sacar fuerzas por ellos. Pero no fue suficiente, porque tú no estabas ahí, y sin ti no

podía luchar.

Quinta nota escrita por Emma, encontrada en el libro *Orgullo y prejuicio*:

Hasta que te vi entrando al hospital.

Sé que fue un momento muy duro para ti. Llevabas meses trabajando tanto que tu propio cuerpo

estaba al límite. La presencia de mis padres y mi hermano en la habitación no hicieron más

sencilla tu llegada. Aún así, sabía que no te rendirías mientras yo te necesitara.

Te voy a decir algo en lo que también eres único. Durante toda mi vida he podido confiar en

mucha gente: amigos, parejas, familia... Pero siempre surgía otra prioridad. Siempre había algo

que los distraía de mí. Y contigo nunca fue así. Confiar en alguien sabiendo que jamás te va a

fallar es lo mejor que tiene la vida.

No importa dónde estés, ni cuánto tiempo haya pasado. Yo siempre sabía que estaba en tu mente y

que aunque no te viera seguías luchando por mí. Sabía que aunque llevaras tres meses a cientos

de kilómetros no había un solo día que no trabajaras para darme la vida que el azar me estaba

arrebatando poco a poco.

Por eso mi familia, mis amigos, todos creyeron que te habías olvidado de mí. Todos creyeron que

habías desaparecido de mi vida, que al vislumbrar mi cercano final huiste despavorido para

salvar tu felicidad, abandonándome a mi suerte.

En todo momento supe que jamás habrías hecho eso. En ninguna de tus facetas, en ninguna de tus

vidas, en ninguno de los posibles mundos paralelos. Tú, aquel que trabajó semanas para

regalarme ese libro, el más importante que he tenido jamás, él, jamás me dejaría.

Confié en él. Y no me equivoqué.

*Sexta nota escrita por Emma, encontrada en el libro *Romeo y Julieta*:*

Es ahora, en este preciso instante, cuando más debo confiar en ti. No sé si nuestro hijo vivirá

después de tantas dificultades que hemos y seguiremos teniendo, pero confío en que lo hará. Y

también es el momento de dejar que recaiga sobre ti la responsabilidad de cuidar de él, porque yo

ya no puedo. Nada me gustaría más que ver crecer a ese niño. Mi niño. Pero sé que eso no será

posible. Por eso te pido que cuides de él, que lo protejas y que lo guíes por un buen camino.

Porque es el fruto de nuestro amor. Es lo que te lo recordará cuando yo ya no esté.

Imagino que llegará el momento en que todo resulte más difícil, pero no debes rendirte nunca. Sé

comprensivo, dale el espacio que necesite, y sobre todo, no te olvides nunca que debes confiar en

él.

Y el mayor sentimiento de felicidad que puedo tener ahora —y creo que el mayor que he

tenido jamás— es que estoy absolutamente segura de que hagas lo que hagas, todo irá bien. No

puedo ver el futuro, pero solo imaginármelo y saber que tú estarás ahí luchando por él es la mayor

felicidad que puede sentir una madre desde la camilla de un hospital.

Esta es la última carta que te escribiré, Rick.

Siento mucho que nuestra historia juntos llegue a su fin de una forma tan cruel. Pero no puedo

dejar de agradecerte todo lo que has hecho por mí. Me has dado una vida, una sonrisa verdadera

con la que levantarme cada mañana, incluso ahora, sabiendo que no voy a vivir mucho más

tiempo.

Ahora estas palabras son inmortales, y son tuyas. Siempre que me necesites estaré aquí, cuidando

de ti.

Solo me quedan tres cosas que decirte:

Gracias. Te quiero.

Sonríe.

Nota del autor

Espero que hayas disfrutado esta novela. Recuerda que, si te ha gustado — aunque no tiene

por qué gustarte—, comentarlo en las redes sociales es una forma fantástica de ayudarme. Soy un

autor que lucha todos los días por darse a conocer, y esa es la tarea más difícil, porque no depende

solo de mi esfuerzo sino de los lectores.

Como lector, no quiero pedirte nada, pero si lo has disfrutado, tienes la opción de hacer una

crítica en Amazon o en tus redes. En la siguiente página encontrarás la lista de novelas y relatos que

tengo publicados. Todos se pueden encontrar en formato digital a precios asequibles, y las novelas

pueden conseguirse también en papel. Si tienes algún problema con cualquiera de ellas, contacta

connmigo a través de cualquier red social e intentaré solucionarlo.

Gracias por tu lectura.

Un cordial saludo,

Yauci.

Otros títulos de Yauci Manuel Fernández. Consíguelos en Amazon.com

Cada día cuenta. Novela

Te dejé marchar. Relato corto

Amores imposibles. Relato corto

Sígueme en mis redes sociales para estar informado de mis novedades

Facebook: Yauci Manuel Fernández

Twitter: @YauciFer

Instagram: @yaucifer

Blog: www.yaucimfernandez.es

Table of Contents

1

2

3.

4.

5

6.

7.

8.

9.

10.

11.

Document Outline

- [1](#)
- [2](#)
- [3.](#)
- [4.](#)
- [5](#)
- [6.](#)
- [7.](#)
- [8.](#)
- [9.](#)
- [10.](#)
- [11.](#)